

LA GUERRA DE MEXICO, HACE UN SIGLO

por

*Ernesto Lemoine Villicaña*

Con un Apéndice de textos políticos, escritos por  
Ignacio Manuel Altamirano, Juan Antonio de la  
Fuente, José María Iglesias, Lorenzo Milans del  
Bosch, y otros.

## I. INTRODUCCION

*Cuando los gobiernos de Francia, España e Inglaterra deciden suscribir la Convención de Londres, el 31 de octubre de 1861, estos países no hacen sino refrendar, una vez más, aquella línea de política internacional —tan europea y tan decimonónica—, surgida de la probeta mágica del príncipe de Metternich en el Congreso de Viena, y que abrió para el mundo, a la caída de Napoleón Bonaparte, esa etapa, tan pródiga en injusticias y abusos, conocida con el nombre de Restauración.*<sup>1</sup>

*No es ocioso ni exagerado remontar el origen y las raíces de la Intervención en México, primero europea y después exclusivamente francesa, al año 1815. Porque de esa primera "Liga de Naciones", que en Viena inventara Metternich, saldrá toda una colección de engendros unidos por un denominador común: el atentado al elemental derecho de autodeterminación de los pueblos. Así, Polonia queda a merced de Rusia;<sup>2</sup> la católica Bélgica sometida a la protestante Holanda; la eterna Grecia, dentro de las*

<sup>1</sup> Opina un célebre autor que "al término de la aventura napoleónica, ya desaparecido aquel déspota genial que ocupaba toda la escena, y mientras sus vencedores se entendían o procuraban entenderse entre sí y procedían de acuerdo para dar a Europa, merced a restauraciones de viejos regímenes y oportunos reajustes territoriales una base estable en qué constituir el fundamento, fuertemente mantenido, pero siempre precario, del imperio de la nación francesa, por todos los pueblos se encendían esperanzas y se levantaban clamores de independencia y de libertad. Y esos clamores se hacían más enérgicos y fervientes cuanto mayores eran las repulsas y represiones que se les oponían; y a través de desilusiones y derrotas, se avivaban las esperanzas y se fortalecían los propósitos". Véase, CROCE, Benedetto, *Historia de Europa en el Siglo XIX*. Traducción del italiano de Juan Chabas, Madrid (M. Aguilar, Editor), 1933, p. 7.

<sup>2</sup> El cautiverio de Polonia despertó las más vivas simpatías entre los liberales del Viejo y del Nuevo Mundo durante el siglo pasado, y es interesante observar, cómo en México se hermanaba la lucha contra Francia con la sublevación del pueblo polaco, que en 1863 intentó sacudirse el yugo ruso: "No sólo México tiene grandes desgracias que lamentar. También otra nación, heroica entre las primeras, encuentra para la salvación de su independencia poderosos obstáculos en esa fuerza física y brutal que, para mengua del siglo en que vivimos, sostiene aún el caduco despotismo de épocas menos ilustradas. La Polonia apura hasta las heces el cáliz del dolor en una lucha terrible, en la cual, sola como México, abandonada como México por cuantos debieran tenderle una mano amiga, no se acobarda sin embargo, y prefiere, como México preferirá, combatir sin descanso en desigual contienda hasta el postrer aliento de sus buenos hijos, antes que renegar traidoramente de la independencia alcanzada a costa de ingentes esfuerzos". IGLESIAS, José M., *Revistas Históricas sobre la Intervención Francesa en México*, 3 vols. México (Imprenta del Gobierno, en Palacio), 1868-69, T. I, p. 518.

*fauces de Turquía; el Lombardo-Véneto, devorado por la propia Austria, etcétera. De ahí también emergen instituciones tan tristemente célebres como la "Santa Alianza", los "Cien mil hijos de San Luis", las "esferas de influencia" y, de rebote en América, la "Doctrina Monroe".*

*Es seguro que otros han acuñado antes la palabra, pero si nosotros quisiéramos definir brevemente la ética que preside la acción exterior de las grandes potencias del siglo XIX —y los Estados Unidos entran en esa centuria al equipo de "las grandes"—, no halláramos otro concepto mejor que el de política de matonismo, el "big stick" que en nuestro siglo esgrimiera Teodoro Roosevelt.*

*De diversas maneras se reflejó ese matonismo, en el que sólo había dos tipos de protagonistas: el activo (la nación fuerte), y el pasivo (la nación débil); pero la más burda, la más socorrida, fue la manifestación bélica, la demostración naval y el envío de ultimátum, a veces por motivos tan baladíes, que no parecía sino que las naciones supuestamente ofendidas se afanaban en representar el papel del lobo, de la clásica fábula de La Fontaine.*

*Dejemos de lado toda la acción europea del siglo pasado en Africa, Asia y Oceanía. La nómina de atrocidades que en esas partes del mundo se cometieron, a pretexto de "colonizar" y "civilizar", sólo es comparable con la que se abona a la cuenta de España en la conquista de América. Mejor fijemos la atención en nuestro Continente, en ese conjunto de Estados que surgieron de un imperio en descomposición y decadencia, y que desde fines de la segunda década del siglo XIX, después de un doloroso alumbramiento, empezaron a dar pasos titubeantes dentro de la comunidad de las entidades soberanas de la Tierra.*

*Como los polluelos que abandonan el nido para lanzarse a lo desconocido, así los países iberoamericanos salieron de su claustro en pos de una hermosa aventura —la de la libertad—, sin imaginarse los peligros que acechaban. Porque los gavilanes revoloteaban en lo alto para amedrentarlos y, si posible, devorarlos. Vida de zozobra les aguardaba, ya que las alas desplegadas de las aves rapaces estaban prestas hasta para taparles el sol.*

*La misma inexperiencia —o la necesidad— de las nuevas naciones, las arrastró no pocas veces a asegurar su independencia contra el enemigo secular, que era España, a costa de comprometer su futuro, atándose peligrosamente a países poderosos que se proclamaban sus amigos. Así, por huir de los posibles perjuicios de la Santa Alianza, patrona de España los latinoamericanos buscaban el reconocimiento de Inglaterra, Francia*

y los Estados Unidos, y, sin querer, abrían las puertas de sus respectivos santuarios a la codicia de los que, aparentemente sin desearlo, se sentían tan cortejados y solicitados. Empréstitos, tratados de límites, tratados de comercio (con cláusulas, casi siempre, de la “nación más favorecida”), concesiones para la explotación de los recursos naturales, etc., dejaban a merced de la buena o mala fe del prepotente “país amigo”, a las jóvenes y debutantes naciones, que no anhelaban otra cosa que la consolidación de su soberanía.

El resultado no se dejó esperar, y el garrote del matonismo hizo pronto su aparición, cuando aquéllas se declararon insolventes y no pudieron garantizar el cumplimiento de sus obligaciones —por lo demás, siempre leoninas— con sus exigentes acreedores. Con ese motivo, al que se adhirieron después otros todavía más impúdicos, principió toda una secuela de actos agresivos, que han dejado triste memoria en la historia de la América Latina. Así, en 1828 la escuadra francesa penetra en la Bahía de Guanabara, y amenaza bombardear la ciudad de Río de Janeiro; en 1829 una expedición española de reconquista desembarca en Tampico; en 1833 los ingleses se apoderan de las Islas Malvinas; en 1838, una escuadra francesa bombardea Veracruz y San Juan de Ulúa y, simultáneamente, otra ataca la isla de Martín García, frente a Buenos Aires; en 1845 Inglaterra establece un protectorado en la Mosquitia; en 1846 los Estados Unidos invaden México, y dos años más tarde, en un monstruoso tratado, le arrancan la mitad de su territorio; en 1853, los mismos Estados Unidos, en una compra forzada, adquieren de nuestro país la región de La Mesilla; y antes, en 1850, Inglaterra y los Estados Unidos firman el Tratado de Clayton-Bulwer, por el que, sin el menor recato, precisan sus esferas de influencia sobre un territorio que no les pertenecía; en 1859, Inglaterra arrebató a Guatemala, en un Tratado de Límites repleto de mala fe, parte de su suelo, y de paso se asegura para el futuro rebanarle a México otro tanto; y, en fin, hacia 1861 Francia, España e Inglaterra, deciden enviar sus escuadras contra nuestro país, para exigir del gobierno de Juárez el cumplimiento de sus obligaciones con los coaligados.

La Intervención de hace un siglo no es, por lo mismo, un hecho aislado ni fortuito, sino parte de ese engranaje, de esa política y de aquella ética que en cuestiones internacionales salió afinada y depurada del Congreso de Viena, y cuyas manifestaciones más patéticas tuvieron como escenario y como víctimas a las naciones de Iberoamérica, surgidas a la vida independiente en virtud de una sangrienta lucha que se libraba por los mismos años en que, en medio de saraos e intrigas, diplomáticos, cancilleres y

monarcas, con Metternich de anfitrión, elaboraban en Viena el equilibrio del mundo postnapoleónico.

## II. LA DEFENSA MATERIAL Y MORAL DE MEXICO

*Por fortuna el país contra el cual enfilaban sus proas los convencionalistas de Londres en 1861, no se hallaba desprevenido. Y no por que contara con una gran fuerza militar, ni porque sus arcas estuvieran repletas, ni porque imperara en él una paz octaviana. Mucho menos que eso había, pero también mucho más: por primera vez en su historia, una formidable energía moral animaba al pueblo mexicano, y con esa energía, y sólo con ella, ese mismo pueblo era capaz ahora de enfrentarse a cualquier peligro, por más siniestro y prepotente que éste fuera. Tanta era su fuerza espiritual, que hasta podían esperarse milagros de él.*

*No es del caso referir todas las angustias, los desastres, las mutilaciones territoriales, las caídas y recaídas que México había padecido a partir del momento en que conquistara su independencia. Tales desgastes y abatimientos, conocidos de todos, habían sumergido al país casi hasta el nivel de cero; pero, por fortuna, no hacía más que lustro y medio que un nuevo aire purificador se dejaba sentir, y la nave del Estado, que tantas veces estuviera a punto de naufragar, henchía otra vez sus velas, para llegar sana y salva al puerto de su destino.*

*La revolución iniciada en el pueblo de Ayutla a principios de 1854, triunfaba año y medio más tarde. Su éxito radicaba no tanto en haber derrocado a un hombre nefasto —el general Santa Anna—, eliminándolo para siempre de la vida pública del país, sino porque echaba abajo todo un sistema, y abría las puertas a la verdadera redención política y social de la República. Una nueva generación brotó al diapasón del grito suriano de Juan Alvarez, y, virgen, incontaminada, inteligente, patriota y consciente, se echó a cuestras la tarea de borrar para siempre a toda esa hez —causante de la mayor parte de los males de la nación—, que desde el Plan de la Profesa hasta el del Hospicio, apoyada en el clero, en el ejército pretoriano y en la aristocracia, había hecho descender el crédito y la dignidad de México a proporciones nunca vistas.*

*Dotar a México de una Constitución liberal, y sostenerla; implantar, bajo una estructura alejada de los moldes tradicionales, un sistema político, respetado y respetable, en el que el pueblo —el verdadero— tuviera una participación, por pequeña que fuera; imponer una urgentísima reforma social; ver por los de abajo, y dejar de intimidarse de los de arriba;*

*exponer al mundo que este país tan vilipendiado, humillado y mutilado, levantaba nuevamente la cabeza, y la sostenía en alto, mostrando con seguridad la solidez de sus instituciones liberales, a la altura de las de los países más adelantados del mundo. Tal fue el programa que se trazó el grupo emergido de Ayutla.*

*Pero llevarlo a cabo no fue cosa fácil, en la medida en que no son fáciles las revoluciones auténticas. Un régimen moderado como el de Ignacio Comonfort —sucesor de Alvarez—, sólo sirvió para enseñar a la opinión pública la ineficacia, lo inoperante y lo peligroso de las transacciones. Pretendía Comonfort implantar una reforma suave, casi dulce, que no hiriera las susceptibilidades ni los intereses del partido clerical y que satisficiera los deseos de los liberales, sin comprender —porque le faltaba la dimensión del revolucionario—, que unos no le agradecerían la dádiva de su generosidad, y los otros jamás aceptarían crear un nuevo sistema político a cuentagotas y con los riesgos de frustración que esto llevaba implícito. Aquello fue un impasse entre los dos grupos antagónicos, enervante, nervioso, anunciador de una terrible conmoción que se veía llegar irremediablemente.*

*El nudo lo rompió el propio Presidente. Con el golpe de Estado, Comonfort labró su propia ruina, quedó eliminado el término medio, y la nación entera acudió a las armas para decidir con ellas si su futuro sería de acción y de progreso, o de reacción y retroceso. Como presidente de la Suprema Corte de Justicia, don Benito Juárez asumió la primera magistratura, y encabezó al partido defensor de la Constitución, que en mala hora había hollado y pisoteado Comonfort.*

*Tres años de lucha feroz y desenfrenada iban a ser el precio de la conquista de la Constitución y de la Reforma. Treinta y seis meses, durante los cuales la sangre de mexicanos corrió a raudales, en un afán desesperado y angustioso para alcanzar una existencia mejor que la pasada, son la prueba palmaria de la intensidad, del valor y de la fuerza de los principios por los que se combatía. Al fin, en los campos de Calpulalpan, el 22 de diciembre de 1860 el ejército constitucionalista aniquilaba al reaccionario, y la guerra era ganada por el partido que en Ayutla se había impuesto la tarea de liberar al país de la conserva en que había estado sumergido.*

*El Presidente Juárez y sus ministros hicieron su entrada triunfal a la capital, el 11 de enero de 1861. La nación había quedado devastada, las fuentes de trabajo aniquiladas, la efervescencia de la lucha recién concluida seguía latente, y el agotamiento del vencedor era visible. El pano-*

rama, a partir de Calpulalpan, más que florido y risueño era triste, pesoso; sin embargo, había motivos para creer en el mañana con optimismo y esperanza de que el desenlace positivo de la contienda permitiría al país consolidar sus conquistas sociales y políticas, con las mejoras y la prosperidad que en el aspecto material se anhelaban por todos. El timón del Estado se hallaba en las manos firmes y seguras de don Benito Juárez, y la labor de reconstrucción se imponía, y se la impuso el Presidente, con la confianza absoluta en su pueblo, que sólo por él y para él se había conseguido la victoria.

Por ello, 1861 prometía ser el año de las realizaciones de la Reforma, el del trabajo pacífico y productivo, el del progreso material. Después del triunfo de Calpulalpan, era urgente y hasta obligado, comprobar que la guerra se había ganado verdaderamente, y que la nación, ya sin tropiezos, marcharía a paso redoblado por la senda que le habían predeterminado los hombres de Ayutla. Pero no fue así. Todavía faltaba un largo trecho por recorrer, y el pueblo, ese pueblo noble y generoso, que más por instinto que por reflexión se afilia a las buenas causas, hubo de hacer nuevo acopio de sudores, lágrimas y sangre, para consolidar hasta el fin, su régimen constitucional y reformista. El año no terminaría con la anhelada oliva de paz en el pico de la paloma, sino con el alarido belicoso de Marte que, por el oriente, por Veracruz, franqueó con violencia las puertas de nuestro país, anunciando la guerra, la muerte y la destrucción.

1861 fue, como con tanto acierto dice Roeder, el año del terror. Una serie de problemas, calamidades y conflictos, que se sucedieron sin interrupción desde enero a diciembre, fustigaron y afligieron al gobierno liberal, poniendo a dura prueba su integridad y la certeza de su reciente victoria sobre la reacción. La expulsión de los ministros extranjeros que se habían entrometido sin embozo en la guerra civil;<sup>3</sup> las elecciones pre-

---

<sup>3</sup> Uno de los expulsos fue, como se sabe, el ministro español Joaquín Francisco Pacheco. En la comunicación que le dirigió Ocampo notificándole su retiro, exponía que el "Presidente interino constitucional no puede considerar a Ud. sino como a uno de los enemigos de su Gobierno, por los esfuerzos que Ud. ha hecho en favor de los rebeldes usurpadores que habían ocupado en los tres últimos años esta ciudad. Dispone, por lo mismo, que salga Ud. de ella y de la República, sin más demora que la estrictamente necesaria para disponer o verificar su viaje". Y el diplomático, rezumando bilis, contestó: "El infrascrito, Embajador de S.M.C., ha recibido la comunicación que con fecha de ayer le dirige, sólo con su nombre y aun inexactamente escrito, el Exmo. Sr. de Ocampo, Ministro *ad interim* de Relaciones. El infrascrito no se propone discutir esta singular comunicación, debe sólo decir al Sr. Ocampo, que no habiendo venido a México como particular sino únicamente como Embajador de la reina de España, según consta en los archivos de Palacio, las comunicaciones de oficio que personalmente se le dirigen, son y no pueden menos de ser personalmente dirigidas al Embajador de la reina de España". Véase, *Obras completas de Melchor Ocampo*. Prólogo de Angel Pola. México (F. Vázquez, Editor), 1901, T. II, pp. 255-56. El revuelo que provocó Pacheco en el Senado español, tratando de convencer a su auditorio de que el gobierno de Juárez más que insultarlo a él había insultado a

*sidenciales, que provocaron una escisión en el Partido; la desaparición, por violencia o sin ella, de prominentes personalidades que resultaron insustituibles, y que diezmaron las filas del directorio liberal: Miguel Lerdo de Tejada, Manuel Gutiérrez Zamora, Melchor Ocampo, Santos Degollado, Leandro Valle; la bancarrota económica anunciada públicamente por el ministro Guillermo Prieto; el desprestigio de varios puntales del liberalismo, como el mismo Prieto, Jesús González Ortega, Ignacio Ramírez, José María Mata, Manuel María de Zamacona, devorados en el remolino del propio movimiento; las crisis constantes del gabinete que, por lo mismo, obligaban a cada momento a su renovación; la suspensión del pago de la deuda extranjera, que puso en vilo a las naciones acreedoras de México; la petición de los cincuenta y un diputados que en tono poco comedido exigieron la renuncia del Presidente; el espectro de la Convención de Londres; y, por último, finalizaba el año con la ocupación de Veracruz por las fuerzas intervencionistas. Soportar todo eso y no flaquear un ápice; mantenerse siempre a la altura —y a veces hasta por encima— de las más críticas circunstancias, sin titubear, firme, enhiesto, seguro de su causa y de su pueblo, y dispuesto a cumplir hasta lo último con los altos y sagrados deberes de su magistratura: he ahí la inmensidad de ese sublime e impasible indio que fue don Benito Juárez. México había dado, al fin, desde 1810, con su hombre: no sólo con el iniciador o continuador de una obra, sino, lo que era más importante, con el culminador de ella, con el que sabía y supo vencer.*

*Cuando la escuadra española arribó a Veracruz, el gobierno acababa de pasar por una más de sus crisis domésticas, que se resolvió con la reorganización —por enésima vez— del gabinete, y con la entrega al Presidente de las facultades extraordinarias que necesitaba. En tales condiciones, los invasores europeos hubieron de enfrentarse a un régimen que cerraba poderosamente sus filas en torno al primer magistrado, para sortear el inminente choque.*

*La defensa diplomática del país se encomendó a Manuel Doblado. Dúctil y astuto, impenetrable y al mismo tiempo repleto de paciencia, buen*

---

Isabel II, fue sofrenado con energía y sagacidad por el Ministro de Estado Calderón Collantes, diciéndole punto menos, que bien se merecía el trato que le habían dado en México. La polémica de Pacheco y Calderón Collantes, en la que el crédito de nuestro país salía muy bien librado, fue inmediatamente publicada aquí, en la Biblioteca de "El Constitucional", bajo el título de, *Apuntes para la historia de la guerra europea con México, México* (Imprenta de N. Chávez), 1862. Véase, a p. 10, el siguiente desahogo del estulto diplomático español: México "es, repito, un bello y desgraciado país, del cual pudiera decirse que está maldito de Dios en los momentos actuales. No parece, señores, sino que perdonada por nosotros, Dios no le ha perdonado todavía".



psicólogo, mejor patriota y colaborador providencial del Presidente,<sup>4</sup> Doblado obtuvo, primero desde México y después en el mismo pueblo de Soledad, la primera de las grandes victorias nacionales que caracterizaron la gesta de los años 1862 a 67. No sólo porque supo darle oportunidad a Juan Prim para exhibir su carácter liberal, caballeroso y decente; y a Wyke para convencerse de que un acreedor puede más por las buenas que por las malas; sino porque dio al mundo una lección de decencia diplomática, y de paso pulverizó en el terreno moral la política del matonismo, en la que se había anclado la cancillería de Napoleón III.

Doblado en la Soledad arrancó caretas, y sin ellas, los plenipotenciarios europeos fueron pasando lista en las conferencias de Orizaba, con sus rostros descubiertos, como Dios los había echado al mundo en cuanto a conciencia e intenciones se refería. Y si fue por convencimiento o por conveniencia la retirada de España e Inglaterra, dispuesta en Orizaba, no hace al caso: parte del logro ha de abonarse en el haber de nuestro ministro. De lo que no queda la menor duda es de la finura y delicadeza con que Doblado forzó al comisario francés a hacer públicos los principios sustentados por el gobierno de su país. Pocas veces un hombre ha dejado para la posteridad, en una sola frase, constancia de la moral de todo un régimen: al afirmar que los tratados valían tanto como el papel sanitario, Dubois de Saligny retrató imborrablemente al Segundo Imperio, le dio su carta de patente, y le asignó su lugar preciso en el marco de la Historia.

Por su parte, Doblado, escrupuloso en materia de asepsia, se declaró

---

<sup>4</sup> La mejor autopsia espiritual que se ha hecho de Doblado es, sin duda, la de ROEDER, Ralph, en *Juárez y su México* (México, 1952), quien a p. 454 del T. II, escribe: "Doblado disfrutaba de un prestigio peculiar. Era el único representante de la Reforma cuya reputación no había sufrido mengua con los progresos del movimiento, y sus potencialidades, que quedaban todavía en reserva, se cifraban en las expectativas que excitaba. Invitado más de una vez a entrar al gobierno, se había negado a arriesgar su reputación hasta que llegara el momento propicio para coronarla. Los instintos del político y del patriota se mezclaban en su conducta: pero la voz del patriotismo acabó por vencer su precaución, y en noviembre [de 1861] Doblado había consentido en tomar la sucesión, muy comprometida, de Zamacona. La idiosincrasia más pronunciada de su personalidad era la capacidad que tenía de inspirar los sentimientos más contrarios —confianza y sospecha, duda y devoción— sin deslustrar su integridad o invalidar su lealtad. En 1858, al iniciarse la guerra civil, se le reputaba el árbitro de la situación y la llave del interior; en 1861, al iniciarse la guerra extranjera, se le decía el árbitro de la situación y se le confiaba la llave del exterior, con mayor razón: ante el enigma del porvenir, el político que había conservado intactos todos los recursos de la ambigüedad era, a todas luces, el protagonista predestinado de la hora menguada. Llegó a la capital, precedido de una bandada de rumores que resultaron puras falsedades. Se le decía confabulado con los Moderados y conspirando con un general para derrocar a Juárez en el momento indicado: se le sabía provisto de contactos en todos los campos; se le atribuían combinaciones de todas clases; incontables eran los cuentos confidenciales de su táctica, de sus ideas, de su pericia; el único atributo que no se le imputaba era el de una devoción cordial al Presidente; pero tales especies le hicieron poca justicia; porque en realidad era más habilidoso de lo que se imaginaban los profanos. Doblado entró al gobierno no con la intención de suplantarlo al Presidente, sino de realizar algo mucho más peligroso: salvarle".

*incapaz de soportar tales hedores; los que exhalaban las notas del comisario, y los que salían de la garganta del mismo, envueltos en un repugnante tufo alcohólico. Y dio por terminada su misión, a sabiendas de que el sentido común —el contemporáneo y el futuro— pondría a cada quien en su sitio. “La Orquesta”, bisemanario festivo y de caricaturas que se publicaba en la capital, no tardó en darle la razón a nuestro canciller. Y Dubois de Saligny desfiló a través de sus planas, semana a semana, bisechado por el hiriente lápiz de Escalante, siempre beodo, siempre impúdico, portando indefectiblemente su arma favorita: una botella de coñac. Así lo conoció Doblado, así lo conocieron los lectores de “La Orquesta”, y así conquistó su inmortalidad.*

*Rotas las negociaciones con Francia, concluía, por lo pronto, el papel del diplomático mexicano. Saligny, a su vez, dejaba la iniciativa a Lorencez. Ahora iban a hablar los cañones. Pero así como el Presidente Juárez había dado con el hombre de Estado indispensable para tratar de evitar la ruptura, al producirse ésta, halló también al hombre de armas, que resultó, como tantos de aquellos patricios, providencial: Ignacio Zaragoza.*

*¿A qué insistir en el significado de la batalla del 5 de mayo? Hace un siglo que ocurrió, transcurrirán cien siglos más, y el nombre de Zaragoza, sin hipérbolo, sin exageración, continuará siendo el símbolo del militar arquetípico, del más auténtico, del más verdadero, del que siempre debe imitarse. Más que en el rechazo de Lorencez, su dimensión exacta se halla en la arenga que dirige a sus soldados momentos antes del combate: “Nuestros enemigos —exclama— son los primeros soldados del mundo; pero vosotros sois los primeros hijos del mundo, y os quieren arrebatar vuestra patria. ¡Soldados: leo en vuestra frente la victoria. Fe y Viva la Independencia Nacional. Viva la Patria!”*

*¡Cuánta falta nos hicieron esas palabras en 1847!<sup>5</sup> No es posible evocarlas sin que nuestro corazón se agite emocionado. Porque cuando un jefe grita y alienta a sus hombres con la advertencia preñada de angustia de, “os quieren arrebatar vuestra patria”, no hay poder humano, por formidable que sea, que pueda vencerlo. Y ahí, en Puebla, se comprobó una*

<sup>5</sup> “Media un abismo —afirma Agustín Yáñez—, mental, emocional y de estilo, abierto por la guerra de Reforma, que sepulta en el ridículo las diversas representaciones del poder pretoriano, vanidoso, fanfarrón, que prevalido del romanticismo imperante usaba y abusaba de la demagogia, resolviéndolo todo, hasta la derrota, con teatrales actitudes, o de Napoleón implacable, o víctima de ciego destino; ducho en frases ampulosas, en halagos efectistas y en bárbaros escarmientos”. Véase, *A cien años del 5 de Mayo de 1862*, México (Secretaría de Hacienda y Crédito Público), 1962, pp. 23-24.

vez más, lo que se logra con la fe y con la conciencia segura en la nobleza de una causa.

*A Zaragoza, sus contemporáneos le hicieron plena justicia: Zarco, Iglesias, De la Fuente, Lerdo de Tejada, etc., lo colmaron de elogios, y en nombre de la patria, una y otra vez, le externaron su agradecimiento. Los caricaturistas, en cambio, cargaron sobre Lorencez, y el público ya nunca pudo olvidar la efigie del inepto general, corriendo a campo traviesa, en dirección a Orizaba, y llevando sobre su cabeza una de sus botas, ya que se hizo inevitable no explotar la versión —falsa o cierta— de que el 5 de mayo Lorencez había perdido hasta el sombrero.*

*Pero a las glorias nacionales sucedían desgracias inevitables. El 8 de septiembre de 1862, Zaragoza moría en Puebla, cubriendo de luto al país entero, y dejando huérfano a su querido Ejército de Oriente. El Presidente dispuso que se le hicieran al desaparecido los funerales más solemnes e impresionantes de que se tuviera noticia en los anales mexicanos, pero no se dejó abatir por el dolor ni por el desaliento. La lucha contra el invasor tenía que seguir, y sin perder un minuto, designó como sucesor del ilustre Zaragoza, al general Jesús González Ortega, el vencedor de la Guerra de Reforma.*

*Un nuevo jefe, un nuevo enemigo, una nueva hazaña: González Ortega, Elías Forey, Sitio de Puebla. La nación parecía inagotable en reservas humanas, en fuerza moral, en optimismo. Creíamos en la medida en que se achicaba el enemigo, y así, cuando Forey apretaba más el cerco de la heroica ciudad en la que parecía que hasta los ángeles estaban de nuestra parte, el imprescindible lápiz de Escalante, teniendo como pretexto un popular juego de niños, daba la versión exacta de la situación imperante entre México y Francia, durante aquella primavera de 1863: Juárez frente a Napoleón III, y González Ortega frente a Forey, con el siguiente pie de grabado: “Se hacen chiquitos, se hacen grandotes. Los enanitos, los enanotes”. Excusamos decir que los “grandotes” y los “enanotes” son nuestro Presidente y nuestro General, como lo podrá ver el lector en la estampa que reproducimos.*

*Puebla sucumbió al fin, pero sin ningún desdoro para sus defensores.<sup>6</sup>*

<sup>6</sup> Cuando fueron conocidas del público las circunstancias en que González Ortega había capitulado, un grito de satisfacción sacudió al país, y el suceso fue aprovechado para exaltar más aún el espíritu de la guerra contra el invasor. *El Siglo XIX*, de 29 de mayo de 1863, insertaba una vibrante proclama, remitida desde Acámbaro, que merece ser conocida, por el tono épico, belicoso y patriótico de que está saturada:

“El ciudadano coronel Jesús Ortiz, jefe de la policía de este Partido, a sus habitantes.—Conciudadanos: Puebla de Zaragoza ha caído en poder de los franceses; pero la gloria de México permanece inmensa, inmarcesible, como el día en que vino a darla su brillo esplendente el sol

*La guerra grande, nuestra guerra, iba a iniciar ahora su fase más excelsa y espectacular, anunciada en tonos de epopeya por todos los mexicanos que primero morirían antes que dejarse arrebatar su patria, desde el Presidente hasta el último soldado. Los invasores y los buitres de la reacción avanzaban jubilosos hacia la capital, mientras el señor Juárez clausuraba las sesiones del Congreso, arriaba la bandera del Palacio, y preparaba su modesta carretela, que lo llevaría, en viaje inmortal, hasta Paso del Norte. Aquella despedida, rayana en lo sublime, era no más que el prenuncio de los dolorosos días que esperaban al pueblo en la lucha por su libertad, pero también la promesa de que el Gobierno jamás se abatiría, y que, costara lo que costara, el Presidente habría de volver, para colocar de nuevo el estandarte nacional en el sitio que le correspondía, y que ocupaba desde 1821.*

Zarco, al anunciar la suspensión de su periódico, dio el tono majestuoso a aquel dramático momento: “Las circunstancias —escribió— nos quitan la pluma de la mano y nos hacen renunciar al propósito que teníamos de mantener hasta el último momento en esta capital un periódico defensor de la independencia, de la libertad y del progreso de la República . . . Donde y cuando podamos, continuaremos nuestros trabajos periódicos, defendiendo siempre la independencia de la República y sus legítimas instituciones”.<sup>7</sup>

*Y lo cumplió, él y miles de mexicanos que hace un siglo nos devolvieron aquello de que más pueden ufanarse los pueblos: la dignidad.*<sup>8</sup>

---

del 5 de mayo. El invasor, que al pie del cerro de Guadalupe recogió humillación y vergüenza, al posesionarse de los escombros de la ciudad heroica, no ha podido arrebatar uno solo de sus laureles a nuestros ejércitos de héroes. No. Porque no ha triunfado el valor, sino vencido la necesidad, el hambre. No. Porque la verdadera victoria es de ese ejército, que con una resistencia de sesenta y dos días, valiente y resignado con la desnudez y la miseria hasta su grado supremo, conquistó primero un alto nombre a la patria, antes que ceder a su contrario los escombros en que se había cubierto de gloria. Ni una arma, ni un solo cartucho ha podido aprovechar el enemigo: los héroes que aprisiona, son el objeto de su admiración; y para el mundo todo serán, al saberse la toma de Puebla, el testimonio vivo de que la patria tiene soldados como los espartanos, valientes; y patriotas, como los hijos de Sagunto.—Conciudadanos: González Ortega y los suyos nos han abierto el camino de la gloria. ¡A las armas! Imitemos su ejemplo y, apretándonos al combate, demos nuestra sangre a la patria que la reclama, fecundemos con ella el árbol de la libertad mexicana, y salvemos a nuestros hijos del odioso yugo extranjero. ¡Viva para siempre la Independencia de México! —Vuestro conciudadano y amigo: *Jesús Ortiz*.—Acámbaro, mayo 23 de 1863”.

<sup>7</sup> *El Siglo XIX*, sábado 30 de mayo de 1863. Ese mismo día, publicaba el diario el decreto por el que don Benito Juárez anunciaba el traslado del Gobierno a la ciudad de San Luis Potosí. También se insertaron los avisos de que *El Monitor Republicano* y el *Diario Oficial* suspendían sus labores, por tiempo indefinido.

<sup>8</sup> Un escritor español de aquella época, poco citado, hace el siguiente balance del período comprendido entre la salida de Juárez de la capital, y su regreso triunfal a ella, cuatro años más tarde: “Aun después de tomada la capital, que Juárez les abandonó para evitar la efusión de sangre y los horrores de un sitio; aun después de establecido formalmente el imperio, los fran-

*Del enorme arsenal de literatura militante que, coetánea a los sucesos de la Intervención, circuló por entonces en México, hemos seleccionado, a manera de breve antología, siete importantísimos textos, que fueron en su tiempo armas coadyuvantes en la defensa del país, y que muestran, con meridiana claridad, el patriotismo, la energía y el coraje con que los liberales de aquel tiempo combatieron a los invasores.*

*El primero, es un mensaje del Congreso, suscrito el 9 de mayo de 1862, cuando aún resonaban los ecos de la batalla de Puebla.*

*El segundo, es una vibrante adhesión al Gobierno, de la Diputación de Querétaro. Su tono marcial, homérico y drástico, es un típico ejemplo de cómo la provincia respondió a la hora del peligro, no escatimando ni soldados ni recursos, en aras de la soberanía nacional. Su fecha: 26 de agosto de 1862.*

*El tercero, es otro Manifiesto del Congreso, con fecha 27 de octubre del mismo año, en el que se arenga a todos los ciudadanos a cerrar filas en torno de los Supremos Poderes, cuando los franceses preparaban una nueva acometida contra Puebla.*

*Los cuatro últimos, suscritos por Ignacio Manuel Altamirano, Juan Antonio de la Fuente, José María Iglesias, y el español Lorenzo Milans del Bosch, vienen analizados con más detalle a continuación, cada uno con un encabezado alusivo a su contenido.*

---

ceses no fueron dueños sino del terreno que pisaban. El ejército francés no logró dominar por completo sino el Valle de Méjico: el poder imperial sólo se extendía a una parte muy reducida del territorio; su autoridad sólo era fuerte y respetada en algunas ciudades populosas. El Imperio no lo fue sino en el nombre: la República no fue vencida realmente. El poder, la fuerza, la popularidad, el prestigio, no le faltaron jamás a Juárez. Si no tenía la fuerza material, si careció durante mucho tiempo de recursos y de tropas regularmente organizadas, si tuvo que luchar con la traición de unos y con la tibieza de otros, no por eso debe creerse que le faltara esa gran fuerza moral, superior a los fusiles y a los cañones, que sabe avivar la llama del patriotismo cuando empieza a extinguirse: que lleva la fe al alma de los incrédulos, anima a los que desfallecen, enardece a los que desmayan, y llega más tarde o más pronto, a sobreponerse a todo género de contradicciones y de reveses. Desde Matamoros y desde San Luis Potosí, Juárez ejerció sobre el territorio de la República más influencia que Maximiliano, Forey y Bazaine desde Méjico. Sus órdenes, transmitidas por emisarios activos, eran obedecidas en todas partes. En la misma capital tuvo siempre inteligencias, amigos leales, partidarios ardientes que nunca desearon el triunfo de su causa. La energía de Juárez no desmayó nunca; con una fe ciega en los destinos de la República, con esa perseverancia incansable que no retrocede ante los reveses, prosiguió valerosamente el rudo trabajo de la restauración. Después de una derrota, volvía con más rigor al combate". Véase: PRUNEDA, Pedro, *Historia de la Guerra de Méjico. desde 1861 a 1867, con todos los documentos diplomáticos justificativos*, Madrid (Editores, Elizalde y Compañía), 1867, pp. VII-VIII. Bello elogio y cumplida justicia a la constancia del Presidente Juárez, tanto más valiosos, cuanto que provienen de un español, estampados en el mismo año de la derrota del Imperio.

### III. ALTAMIRANO Y EL MINISTRO DE PRUSIA EN MEXICO

*Don Ignacio Manuel Altamirano fue uno de esos relámpagos que en el Congreso se distinguieron por su tenaz labor en defensa de la soberanía nacional. Implacable al juzgar a los traidores mexicanos, sus censuras no se detuvieron en la puerta del Gobierno, cuya actitud, antes y durante la Intervención, le parecía tibia, medrosa y falta de la suficiente energía para hacer frente a los problemas del país, así internos como externos. Impetuoso, juvenil, acalorado, su amor a la patria no reconocía límites, y sus deberes de representante del pueblo los cumplía con devoción y pasión extremadas. Pero a menudo le faltaban la serenidad y ecuanimidad necesarias para juzgar y colocar en su debido sitio a los hombres que en aquellos aciagos años llevaban en sus manos el timón del Estado. Siendo indio, como Juárez, no supo entender a éste. Los temperamentos de ambos eran diferentes, aunque sus principios y la ideología política que sustentaron durante toda su vida fueron idénticos. Altamirano se desesperaba de la calma, de la impassibilidad, de la ausencia de gesto emotivo, rasgos tan peculiares en el modo de ser del Presidente. Y creyendo que un carácter así era inapropiado para capear la tempestad de la intervención, ya a la vista en septiembre de 1861, fue uno de los cincuenta y uno que en el Congreso exigieron la renuncia del Sr. Juárez.<sup>9</sup> Altamirano —como tantos otros— se equivocaba en su apreciación de las cualidades y calidades del Presidente; su excesivo celo por la seguridad del país, su creencia de que un Jefe de Estado para repeler una invasión extranjera necesitaba forzosamente poseer aire marcial, voz de trueno y espada al cinto —Jesús González Ortega fue su primer “gallo”; y el último, al que sirvió hasta su muerte, don Porfirio Díaz—, lo extravió. No tardó en darse cuenta de su error, por lo que aceptó al fin suscribir el decreto de facultades extraordinarias, que a fines del año terrible de 1861, solicitaba el Sr. Juárez para dirigir sin trabas de ninguna especie los destinos de la nación, en aquella hora de prueba tan colmada de sombríos presagios.*

*Pero con la Intervención materializada, y pese a que nada había que limitara los poderes del Presidente, Altamirano no enmudeció, y en buen*

<sup>9</sup> En la tempestuosa sesión del 7 de septiembre, al discutirse si se le prorrogaban al Sr. Juárez las facultades extraordinarias, fue cuando Altamirano, después de exponer un sombrío y negativo panorama de los actos de la administración, concluyó: “No habiendo, pues, salvado la situación el gobierno, desmerece nuestra confianza y le desarmamos. Esto es un voto de censura, y no sólo al gabinete sino también al Presidente de la República, porque en medio de tanto desconcierto ha permanecido firme, pero con esa firmeza sorda, muda, inmóvil, que tenía el Dios Término de los antiguos”, y acababa exhortándole a retirarse de su puesto. Véase, *Historia del Segundo Congreso Constitucional de la República Mexicana que funcionó en los años de 1861, 62 y 63*, México (Imprenta Poliglota), 1874, p. 249.

patriota siguió señalando peligros, recomendando medidas, dando voces incesantes de alarma, y fustigando a nacionales y extranjeros, por actitudes de acción o de omisión que en su sentir eran lesivas y perjudiciales a la dignidad del país.

Prueba evidente de esta febril actitud suya, es la denuncia que hizo pública en agosto de 1862, acerca de los turbios manejos del barón E. de Wagner, ministro de Prusia acreditado en México, que durante todo ese año estuvo enviando a Europa informes tendenciosos y falsos, en los que sostenía, fundamentalmente, la tesis de la popularidad que el sistema monárquico tenía en nuestro medio.

El lector hallará en la réplica del distinguido suriano a Wagner, uno más de los muchos testimonios que hace un siglo se emitieron en defensa de la causa republicana. Un eslabón más de esa sólida y grandiosa cadena que fue "la guerra de México", guerra ganada por nosotros en todos los frentes, en el diplomático, en el militar, en el moral, en el de la justicia, en el del juicio de la Historia.

Como principio, Altamirano insistirá en la necesidad y obligación de los americanos de repeler y combatir por todos los medios la añeja y desacreditada política intervencionista de los europeos, educados en la retrógrada escuela de la Restauración. Pero al hablar de la diplomacia del Viejo Mundo, tamizará en el cedazo de su crítica a los buenos de los malos, a los rectos de los tortuosos, a los dignos de los pérfidos. Por eso tiene toda la razón, cuando afirma que no es lo mismo Santos Alvarez y Prim, que Pacheco, Gabriac, Saligny y Wagner. Y en pinceladas pletóricas de ironía, retratará a algunos de esos irresponsables embajadores, como cuando dice de Gabriac, "que no tenía repugnancia de vender él mismo las lechugas y las zanahorias que cultivaba en el palacio de la Legación", o de Monseñor Clementi, "el nuncio inútil que nos envió la corte de Roma" y que "apoyaba a los frailes, porque era muy natural: él también participaba del opíparo banquete que por tanto tiempo se dio el clero en nuestra pobre patria". Y al referirse a Wagner, tema central de su escrito, los dardos de don Ignacio Manuel darán en el preciso blanco, exhibiendo la doblez, la fantasía calenturienta y la falta de ética del representante prusiano. Así, cuando descubre que la fuente básica de información sobre la decantada postura monárquica de la mayoría mexicana, que pregona en sus despachos, proviene de los conocidos reaccionarios (Miramón, Zuloaga, Márquez, etc.), que tanto daño hicieron al país, Altamirano no puede menos que exclamar: "¡Oh, Mr. Wagner! Haciéndoos el panegirista de semejantes reptiles, os estáis perjudicando en vuestra reputación".

*Y concluirá el bardo su escrito, exhortando al ministerio Doblado a devolverle sus pasaportes al prusiano, como anteriormente había hecho Ocampo con el señor Pacheco, pues "cuando un ministro extranjero conspira de ese modo, traslimitando el círculo de sus derechos y prerrogativas, y violando las leyes sagradas del Derecho de Gentes, el gobierno a quien daña está en su perfecto derecho de expulsarle de su territorio".*

*Por supuesto que sí, pero las circunstancias del momento imponían al gobierno a proceder con cautela y hasta con cierta tolerancia. Pensamos por ello, que Altamirano, patriota indudable, se excedía en su requisitoria al ministerio. Porque lo que menos les faltaba a los señores Juárez y Doblado era energía y firmeza, de lo que dieron pruebas reiteradas durante esos años heroicos; pero la circunspección y las medidas preventivas eran y tenían que ser la tónica de nuestra diplomacia en el segundo semestre de 1862, cuando Forey se disponía a rehabilitar el supuesto honor del ejército francés, tan maltrecho por el fiasco de Lorencez. Pues si el encapotado cielo intervencionista se había despejado con la retirada de España e Inglaterra, no era prudente ni aconsejable darle ahora pretexto a Prusia para hacer causa común con Francia. Y sólo por eso, Doblado disimuló las intemperancias de Mr. Wagner, y no le entregó sus pasaportes. Vendrían otros tiempos en que esos mismos diplomáticos, que tanto hicieron por derribar nuestras instituciones políticas liberales, se arrastrarían suplicantes frente a la ciclópea figura del Sr. Juárez, para pedir en nombre de la humanidad, en nombre del cielo, "a falta de otras credenciales" —comenta gozoso Roeder—, la vida del intruso Maximiliano. El Presidente, inmutable, respondería obsequiando un cadáver acribillado.*

*Entonces, y sólo entonces, Altamirano reconocería que el Gobierno había procedido bien en el trato dado a Wagner en 1862. Pero dejó constancia para la posteridad —y eso es lo admirable de su actitud—, de que oportunamente él había desenmascarado las vilezas del falaz diplomático prusiano.*

#### IV. UNA PATRIOTICA CIRCULAR DE DON JUAN ANTONIO DE LA FUENTE

*De aquella generación surgida del crisol de la Revolución de Ayutla, que purificó la atmósfera política del país, viciada y envenenada durante los largos lustros del santanismo, don Juan Antonio de la Fuente ocupa un distinguido lugar. "Hombre forjado en la fragua del sufrimiento —dice uno de sus biógrafos—, el Sr. De la Fuente supo elevarse desde la hu-*



*milde posición en que nació y en que transcurrieron su infancia y su juventud, hasta los puestos más elevados de la política*".<sup>10</sup>

*Liberal por educación y convicción, sirvió a la causa, primero como diputado del Congreso Constituyente, después como ministro de Juárez en Veracruz, más tarde como diplomático cerca del gobierno de Napoleón III, y por último, al encargarse de la cartera de Relaciones, vacante en agosto de 1862, por la renuncia de Manuel Doblado, que provocó una más de las continuas crisis ministeriales que hubo de sortear el Presidente de la República.*

*Al igual que muchos liberales de aquella época, De la Fuente se caracterizó por su modestia, por la ausencia de actitudes histriónicas, y por la constancia y rectitud que normaron el cumplimiento de sus deberes de funcionario público. Tan silencioso y dedicado a sus tareas era, que nunca dispuso de tiempo ni se interesó en las vanidades y distracciones de la vida, y la posteridad nos ha regateado casi hasta el conocimiento de su efígie, pues el sencillo repúblico nunca fue afecto a retratarse. Su existencia, luminosa de tan austera, se apagó la víspera del triunfo de la República, el 9 de junio de 1867, cuando desempeñaba el humildísimo empleo de jefe político del Partido de Parras.*

*Los servicios que a la patria hizo don Juan Antonio, fueron tan valiosos como desinteresados, y si no alcanzaron la nombradía de los de Doblado, se debió a que el primero ocupó nuestra cancillería en momentos en que la actividad militar y no la diplomática, era la que tenía que dictar los imperativos básicos de la defensa nacional. Con todo, al hacerse cargo del ministerio, "en una situación, la más grave a todas luces y la más delicada entre cuantas describe nuestra historia", según la calificó él mismo, De la Fuente dio la medida exacta de la capacidad requerida para un puesto como el suyo, y secundando al Presidente en la titánica tarea de desacreditar y destruir a la Intervención, el cumplido y grave funcionario esculpió uno más de esos peldaños de grandeza que elevaron el decoro de la nación a altura nunca antes vista.*

*Ejemplo de su firmeza, de la política que desplegó, tanto en lo interior como en lo exterior, y de su fe en el pueblo mexicano, es la Circular que publicamos a continuación, y que don Juan Antonio remitió a los gobernadores de los estados, anunciándoles las directrices que habrían de seguir las secretarías de Gobernación y Relaciones, que le encomendara el Sr. Juárez.*

<sup>10</sup> En, *Notas de don Juan Antonio de la Fuente, Ministro de México cerca de Napoleón III, precedidas de una advertencia por Antonio de la Peña y Reyes, México (Archivo Histórico Diplomático Mexicano, Núm. 10), 1924, p. I.*

Comedido y respetuoso con la opinión pública, el nuevo ministro trató antes que nada de disipar las desconfianzas y los recelos suscitados en el interior del país, por la reciente crisis del gabinete, surgida de la renuncia de Doblado. Explicará después la imperiosa necesidad que asistía al Presidente de contar con las máximas facultades, para poder atender sin trabas de ninguna especie la dirección de la guerra contra el invasor; salvando, eso sí, los derechos inalienables de los ciudadanos, como “la libertad de imprenta y el derecho de reunión”, siempre y cuando su uso no comprometiera el programa de la defensa nacional. E insistirá más adelante, en que “la Reforma será sostenida y desarrollada en el sentido de la democracia y del principio luminoso de independencia entre las cosas de religión y las del Estado”, principio cardinal del Gobierno, desde los días en que, a consecuencia del golpe de Estado de Comonfort, don Benito Juárez se abrió paso arrolladoramente, para salvar una causa a punto de naufragar.

En seguida se ocupa de analizar el problema de la Intervención, utilizando el mismo vocabulario de Doblado, de Zarco, de Iglesias, de Lerdo de Tejada, y de tantos otros que en la hora de prueba supieron estar a la altura de su deber, llamando al pueblo a las armas, reiterándole la confianza que el Gobierno depositaba en él, denunciando ante el mundo entero la perpetración del crimen de Napoleón III, buscando la simpatía de las naciones libres a la causa de México y, por último, advirtiendo que la Ley del 25 de enero pendía, como la espada de Damocles, sobre las cabezas de cuantos atentaran contra la soberanía nacional.

De la Fuente había conocido a Napoleón III en París, durante su delicada misión diplomática, y no tuvo dificultad en convenir, con Víctor Hugo, en que el personaje susodicho era demasiado pequeño para nombre tan grande. A idéntica conclusión habían llegado los redactores de “La Orquesta”, y Escalante, el estupendo caricaturista, con tanta o más ironía que el mismo Daumier, lo dejaba clavado para siempre, en un grabado cuyo texto sintetizaba a las mil maravillas las aspiraciones y frustraciones del hombre del 2 de diciembre: “Ya os habéis puesto las botas de vuestro tío, pero el sombrero es demasiado grande para cabeza tan pequeña”. Nuestro ministro no podía permitirse el lujo en un documento oficial de utilizar las mordaces pinceladas del dibujante, pero, sin despojarse de su tono formal, y exculpando al pueblo francés de los desmanes del tirano, hizo el paralelismo entre los dos Napoleones, concluyendo sin errar en que el sobrino “no ha llegado ni llegará jamás a la altura de poder que el emperador su tío; y si este hombre extraordinario sucumbió arrollado por el odio universal, tenemos una prueba irrefragable de que el genio

*más sublime es impotente para hollar largo tiempo los fueros de la justicia y la libertad de las naciones". Y con ello se remitió al juicio de la Historia, que le daría sin ambages toda la razón.*

*Finalmente, el ministro de Juárez reafirmará su confianza en el triunfo de México, pues "esta nación es ahora más fuerte y poderosa que en ninguna otra época de su existencia"; y consciente de que su optimismo no era exagerado, de que sus palabras se apoyaban en la realidad de un pueblo dispuesto a no dejarse aplastar, y de que todas las razones asistían a ese mismo pueblo que daba su sangre a torrentes para preservar su libertad, De la Fuente emitirá un pronóstico que no tardaría en cumplirse. Nuestra nación, afirma, "merecerá ser saludada como el antemural de la América Latina, y llenará la expectación del mundo, continuando la magnífica tradición de las república triunfantes en sus guerras con los déspotas más poderosos".*

*Y tanto acierto tuvo, que en 1867, las descargas del Cerro de las Campanas se oirían en todos los rincones del planeta como una terrible admonición a los intrusos, a los traidores y a los invasores. Lástima grande que don Juan Antonio no hubiera vivido lo suficiente para escucharlas él también.*

## V. UN NOTABLE DISCURSO DE JOSE MARIA IGLESIAS

*José María Iglesias, uno de los hombres de Paso del Norte, colaborador infatigable del Presidente Juárez, participó en la cruzada nacional contra la Intervención y el Imperio no sólo en su calidad de funcionario civil, sino además como cronista e historiador de aquellos trascendentales acontecimientos. En sus Revistas Históricas, reseña cuajada de datos de primera mano y de vigorosos juicios personales, se trasluce siempre su diáfano liberalismo y su tono de abogado defensor de una noble causa, cual era la del régimen constitucional, befado y escarnecido por casi todas las Cortes europeas, y por el grupo de traidores mexicanos —"hijos desnaturalizados", les llamará don José María— que a fuerza de sofismas, burdas falsedades e intriguillas palaciegas, se empeñaban en justificar ante la opinión mundial la necesidad de implantar un gobierno monárquico en México.*

*Pero Iglesias hizo más en pro de la República a la que servía. Hombre erudito, jurisconsulto de sólida preparación, y excelente orador, fue comisionado repetidas veces para hablar a nombre del Gobierno, en la conmemoración de los grandes sucesos de nuestra Historia, o en los aniversarios*

de las muertes de ilustres varones mexicanos, en especial de aquellos que habían contribuido con su intelecto o con su espada a las glorias del partido liberal. Recuérdese que a él le tocó pronunciar la oración de despedida a Juárez, durante la impresionante ceremonia de las exequias del ilustre patricio.

Desde que el primer soldado invasor pisó nuestro suelo, Iglesias no perdió oportunidad, aprovechando los discursos oficiales que se le encomendaban, para levantar el espíritu cívico, exaltando los valores de la patria, y censurando, con verba tajante y oportuna, el proceder de los enemigos de la soberanía nacional. Ojalá y algún día podamos reunir en un volumen las piezas oratorias de don José María que, pronunciadas entre 1861 y 1867, contribuyeron, como otros tantos soldados, al triunfo definitivo de la República. Contentémonos por ahora, con seleccionar la que se inserta a continuación de esta nota. Se trata del discurso que pronunció en la Alameda de la capital, el 5 de mayo de 1863, primer aniversario de la batalla de Puebla. La oportunidad de reeditar este bello texto no necesita explicarse. A cien años de la gesta de Zaragoza, nada mejor que recordarla a través de los conceptos vertidos por Iglesias, en un momento crucial de la guerra contra el invasor, cuando redoblando éste su ofensiva, estaba a punto de capturar la ciudad por cuya defensa muriera el invicto vencedor de Lorencez.

El orador hará énfasis en el carácter de la conmemoración, con estas significativas palabras: "Hoy es el aniversario de la derrota de Lorencez: por primera vez se celebra esta patriótica solemnidad, que se repetirá de año en año, mientras dure la existencia de la nación mexicana". Cívico pronóstico que se ha cumplido y se seguirá cumpliendo ad infinitum. Mas la recordación no llevaba sólo la mira de evocar la victoria de Zaragoza y recordar al héroe muerto en el cumplimiento de su deber, sino además, y muy primordialmente, la de enlazar la gesta del 5 de mayo con la lucha desesperada que un año después seguía sosteniendo el Ejército de Oriente en defensa de la misma disputada ciudad. Así, desde la Alameda de México, Iglesias enviará a González Ortega y a sus hombres, un mensaje de aliento, un aplauso por el heroísmo y el sacrificio de que estaban dando ejemplo día tras día, y un adiós preñado de congoja y de lágrimas por los caídos en los fosos de Puebla combatiendo al invasor.

Para derrotar a Forey era indispensable la acción de nuestro ejército, pero no bastaba, pues no sólo con fusiles y cañones se repele una invasión. La fuerza moral de un pueblo en torno a su Gobierno es también necesaria, tanto, que su falta fue uno de los causales básicos de la catástrofe del 47.

Iglesias, portavoz de Juárez, lo sabía, y por ello en su discurso del 5 de mayo de 1863 reiteraba a los defensores de la patria, que en ningún momento carecerían de esa fuerza, estimulante y vivificante, fuente nutricia de fe y perseverancia que los llevaría tarde o temprano al triunfo, por más que en el intervalo tuvieran que sufrir no pocos reveses.

Aunque Puebla sucumbiría el mismo mes de mayo, ni siquiera en la derrota faltaría esa grandeza que distinguió a los soldados mexicanos de aquella lucha. Y el mismo Iglesias, en otro escrito lo haría notar, ratificando la fe que tenía en la victoria, pese al momentáneo percamce:

*“La inclita decisión de los defensores de [Puebla] de Zaragoza, llenará de asombro al mundo, así por su sublimidad, como por tratarse de un hecho inaudito en los anales militares. La defensa de la plaza había sido demasiado heroica para que sin mengua del decoro se aceptaran las condiciones de práctica universal en casos semejantes . . . Estaba reservado a los soldados mexicanos, después de haberse batido con heroicidad, dar el insigne ejemplo de una abnegación patriótica, que les hizo olvidarse de sí mismos, para que fuera menos fructuoso el accidental triunfo del enemigo extranjero. La caída de Puebla, corona espléndida de un triunfo memorable, será en la historia de México una página escrita con diamantes”.*

Cierto. Una bella página de la historia, que si refulgió en los mismos días en que ocurrió la gris hazaña de Forey, alcanzaría su verdadera significación hasta el año del 70, cuando, contrastando con el proceder de González Ortega, Napoleón III y el Mariscal Bazaine, con la más increíble torpeza se introducirían en las ratoneras de Sedán y Metz, y rendirían sus respectivos ejércitos, en circunstancias tales, que nunca en la historia de Francia se recordaba haber ocurrido una derrota tan vergonzosa y humillante.<sup>11</sup>

<sup>11</sup> “La impresión que el acontecimiento de Sedán produjo en el mundo entero fue enorme. Nunca se había conocido una capitulación de semejantes proporciones. Para recordar la prisión en guerra de un soberano había que retroceder mucho en la Historia”. Véase, *Historia Universal*, dirigida por Walter GOETZ. Versión española de Manuel García Morente. T. VIII: “Liberalismo y Nacionalismo”, Madrid (Espasa-Calpe, S. A.), 1934, p. 287. Otro autor, en un interesantísimo paralelo que hace entre Bazaine y Petain —principales responsables de las dos catástrofes más grandes de Francia en los tiempos modernos—, relata de la siguiente manera, el lastimoso estado de Bazaine, sitiado en la fortaleza de Metz por los prusianos, en octubre de 1870: “Cada vez era más evidente que no había modo de salir de Metz. El Mariscal había estado leyendo libros para ver cómo habían acabado otros sitios, para saber qué había sucedido cuando los cañones de Génova y Danzig quedaron silenciosos y Massena y Gouvion St. Cyr salieron de la plaza entre las filas de sus vencedores. Sacó también de la biblioteca un volumen de *El Consulado y el Imperio* de Thiers, con deprimentes detalles de la rendición del General Dupont ante los españoles en Bailén”. GUEDALLA, Philip, *Los Dos Mariscales*, traducción de Miguel de Hernani, Buenos Aires (Editorial Sudamericana), 1948, pp. 215-16. Pero, habiendo estado en México ¿no se le ocurrió a don Aquiles pensar en la muy honrosa capitulación de González Ortega en Puebla? Quizá, mas el autor citado no lo dice.

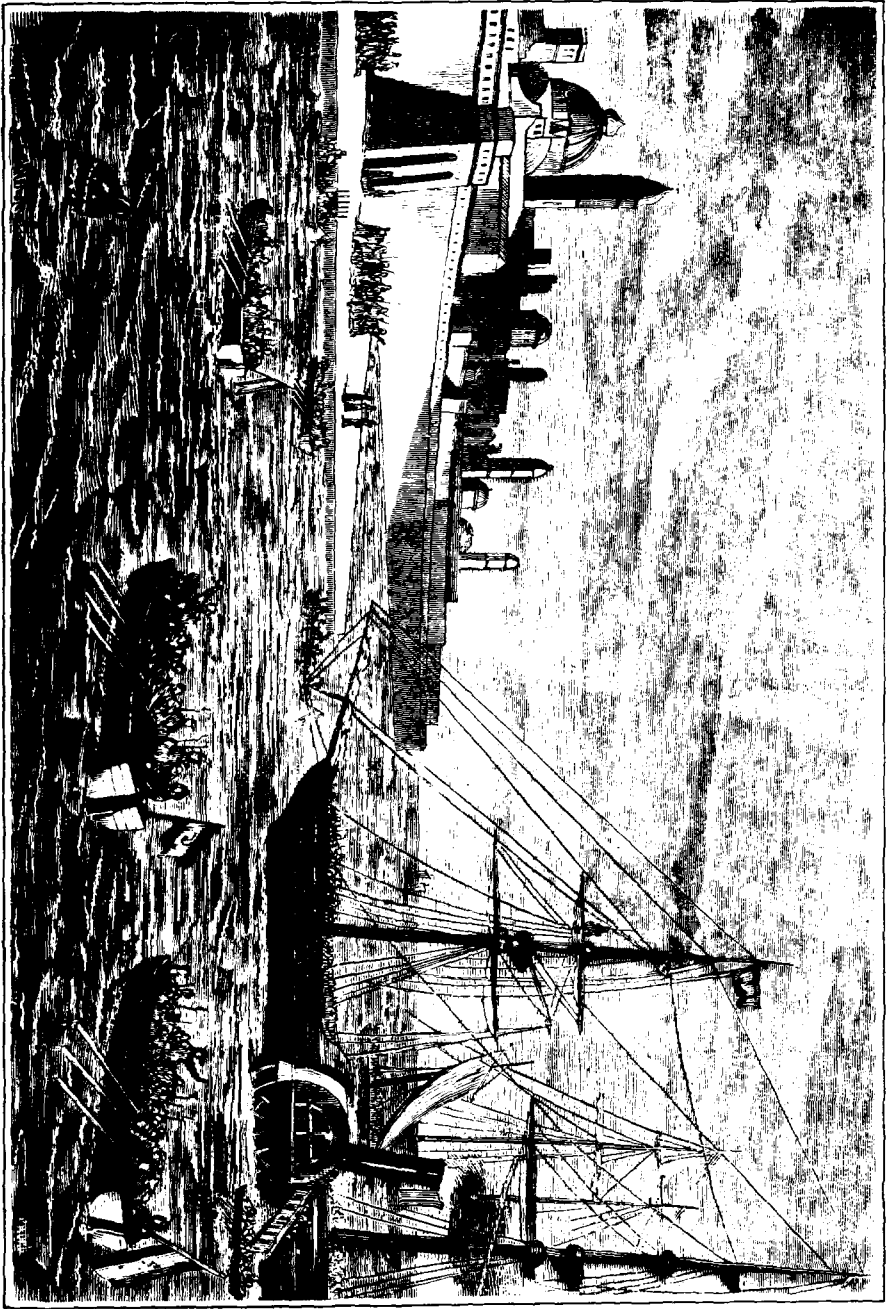


Fig. 2. DESEMBARCO DE LOS ESPAÑOLES EN VERACRUZ.

*... ahora no quemaban sus naves...*



Fig. 1. LORENZO MILANS DEL BOSCH

*...brindemos por las damas mexicanas...*

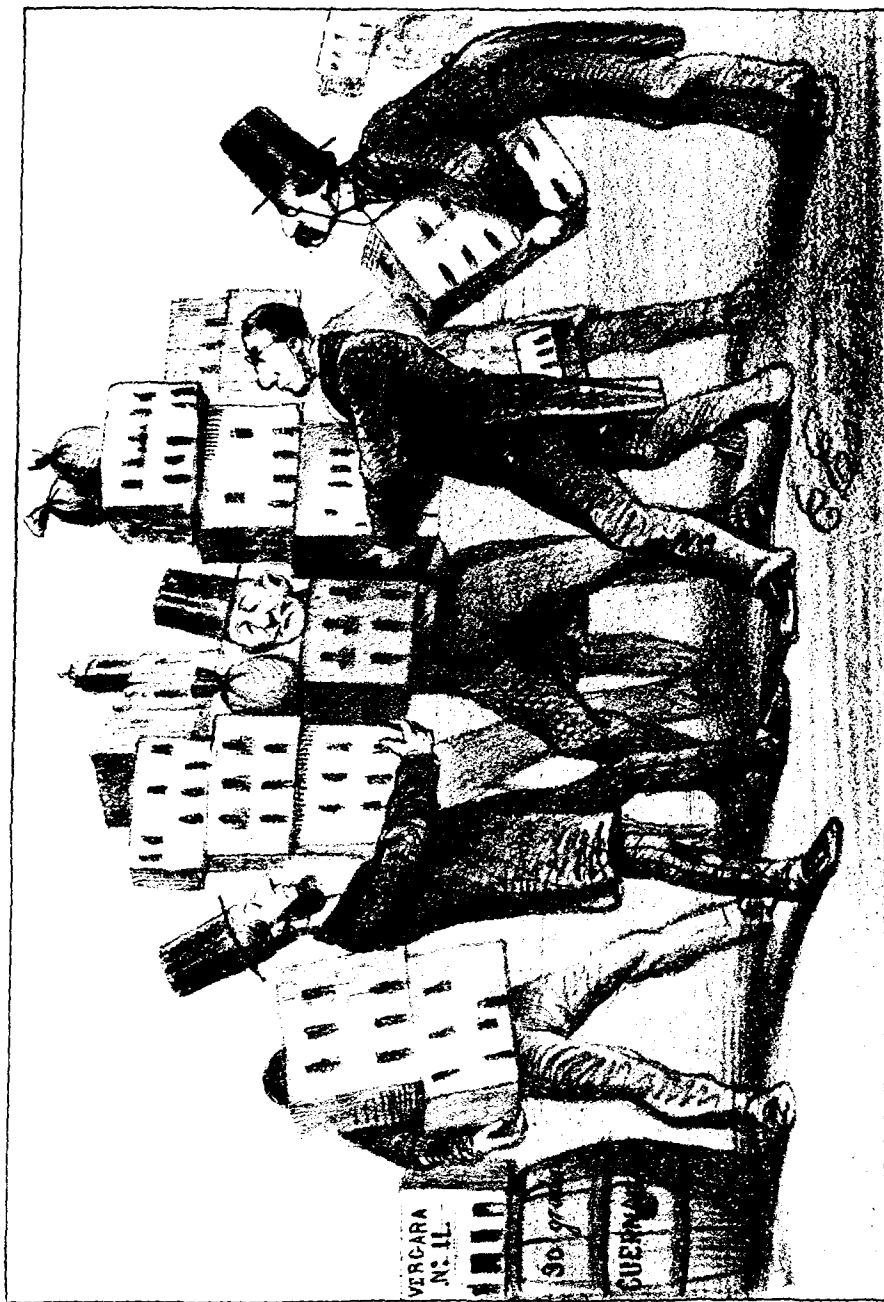


Fig. 6. MOTIVOS DE LA INTERVENCION

"Agravios y vejaciones que los franceses han recibido del pueblo mexicano"

(La Orogesta, agosto 9 de 1862)



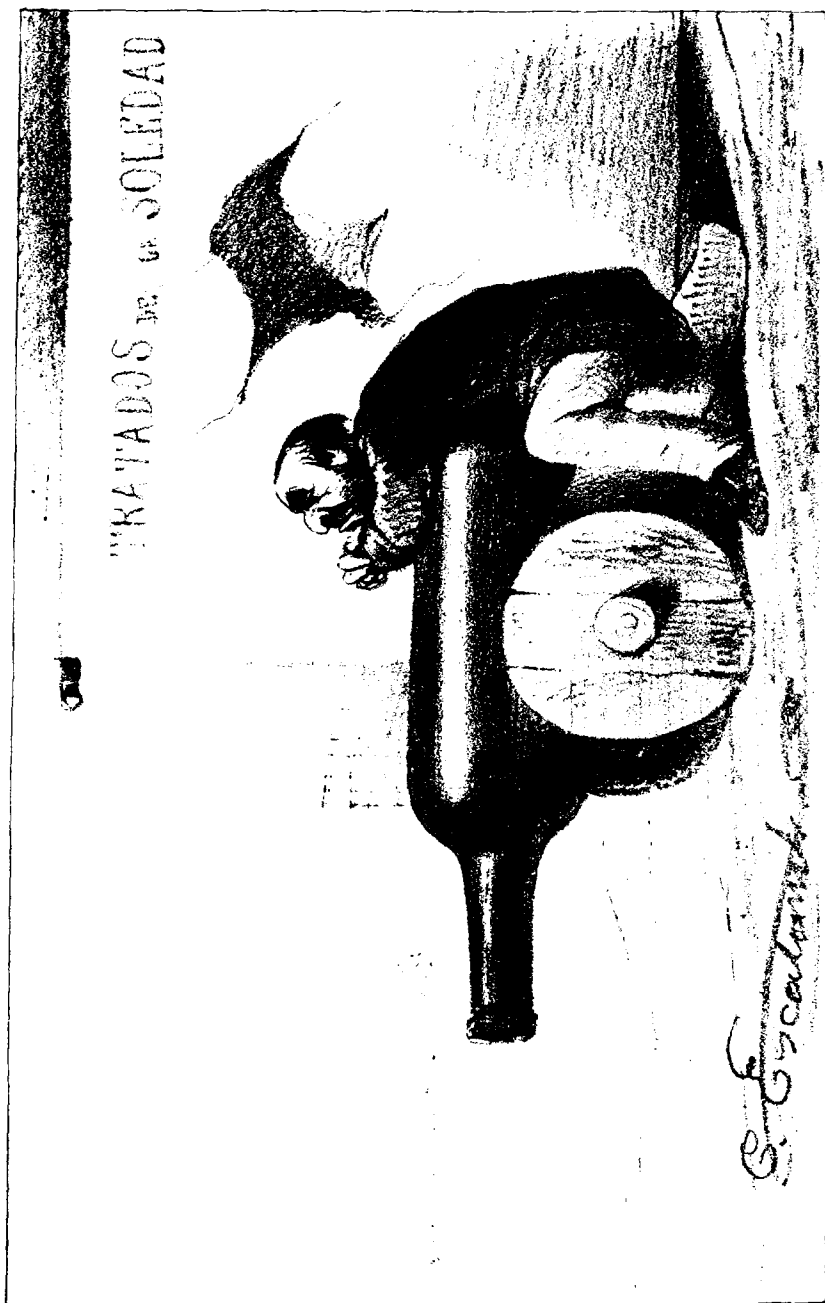


Fig. 3. DU BOIS DE SALIGNY  
...después de abitar la primera brecha, descansa sobre sus armas...  
(La Danseur, abril 1.º de 1863)



Fig. 10. EL GENERAL LORENCEZ  
*...que hasta el sombrero había perdido en Puebla...*



FIG. 12. JESUS GONZALEZ ORTEGA

*...Puebla no fue ni Sedán ni Metz...*



Fig. 14. JUAREZ, NAPOLEON III, GONZALEZ ORTEGA Y FOREY

*"Se hacen chiquitos, se hacen grandotes. Los enanitos, los gigantes."*

*(La Orquesta, marzo 16 de 1863.)*



Fig. 16. LA CAIDA DE PUEBLA

—¿Pero qué hacéis General Forey?

—Colocar sobre esta frente los laureles de la victoria, que solo ella ha podido darnos.”  
(*La Orquesta*, mayo 20 de 1863.)



Fig. 18. JOSÉ MARIA IGLESIAS

*...habíamos sido el ludibrio del mundo: nadie en la sucesión se atreverá a burlarse de nosotros...*

Zaragoza y González Ortega fueron aplaudidos por sus conciudadanos, y la patria reconocida y la posteridad, premiaron su comportamiento en Puebla con el sencillo pero inmenso calificativo de "Héroes". En cambio, los jefes franceses responsables del desastre del 70, merecieron de su pueblo y de esa misma posteridad, el desprecio y la condena. Y nada hay tan definitivo, al deslindar la diferencia entre unos y otros, que la infamante sentencia que el 10 de diciembre de 1873 dictó el Consejo de Guerra reunido en Versalles para juzgar la culpa del vencido en Metz: "Condamne à l'unanimité des voix, François-Achille Bazaine, maréchal de France, à la PEINE DE MORT AVEC DÉGRADATION MILITAIRE."<sup>12</sup>

Y es que, no en balde, diez años antes había dicho Iglesias, al relatar emocionado las proezas de nuestros soldados frente al invasor: "Feliz guerra podemos llamar a la que nos hace la Francia, como llama la Iglesia faelix culpa a la caída que provocó la redención".

## VI. MILANS DEL BOSCH, AMIGO DE MEXICO

A menudo la actuación de un personaje secundario, o el acontecer de un suceso incidental, en apariencia sin repercusiones, dan la tónica a toda una línea de política —interna o externa—, y a la ética imperante en un país y en un momento determinados. Así, respecto a la España intervencionista, aunque Juan Prim, jefe prepotente y de primera magnitud, representa la inteligencia, la sagacidad y hasta la simpatía con que vio los asuntos de México, y la recta voluntad que deshizo, a base de lógica y honradez, la intriga de la Convención de Londres; no es a él, sin embargo, a quien vamos a referirnos para señalar brevemente la ética de España en aquella intrincada y espinosa cuestión, sino a uno de sus subordinados, a una figura citada siempre de paso, cuya actuación dejó huella en México y trascendió hasta Europa.<sup>13</sup>

<sup>12</sup> *Procès du Maréchal Bazaine*. Compte rendu rédigé avec l'adjonction de notes explicatives par Amédée Le Faure. Paris (Garnier Frères, Libraires-Éditeurs), 1874, T. II, p. 371.

<sup>13</sup> A Prim la posteridad lo ha juzgado bien, haciéndole completa justicia. Su actuación en México fue, como dice un biógrafo contemporáneo, "la página más brillante, la más noble, la más digna de cuantas tiene en su historia". Véase, ORELLANA, Francisco J., *Historia del General Prim*, Barcelona (Empresa Editorial La Ilustración), 1872, T. II, p. 347. Sólo en un momento quizá de esta fase de su vida, advertimos que flaquea su ecuanimidad y su característico buen juicio, y es cuando, explicando su proceder en el Senado español, enumera las cuatro alternativas que se le presentaron en Veracruz: "Primera: entregarme a los franceses yéndome con ellos. Segunda: echarme a un lado y pedir nuevas instrucciones al gobierno. Tercera: cerrar el paso a los franceses. Cuarta: reembarcarme con mis tropas". Y añade, precisando los caminos

Don Lorenzo Milans del Bosch —que tal es el personaje— era catalán, igual que Prim. Liberal de la más pura cepa, lo unió desde su juventud una fuerte amistad y una completa identificación de ideas políticas con el Conde de Reus, que perduraron hasta que una bala asesina segó la vida de éste. Diputados a las Cortes de 1843, ambos suscribieron el Manifiesto de Reus, de 30 de mayo de ese año, por el que al grito de “¡Viva la Constitución!” y “¡Viva la Reina!”, se sublevaron exigiendo la caída de la regencia de Espartero y la mayoría de edad de la niña Isabel II.<sup>14</sup> En los disturbios de Barcelona, ocurridos a principios de septiembre, cuando Prim se vio forzado a utilizar la tropa contra sus paisanos, que se sentían engañados por él, Milans del Bosch, al frente de un escuadrón, contribuyó con creces a imponer el principio de autoridad de su jefe y amigo, y salió con una herida grave de aquellos combates.<sup>15</sup>

A partir de entonces, los lazos de amistad entre los dos militares catalanes se robustecieron, y Prim procuró siempre hacer partícipe a don Lorenzo de las empresas en que él intervenía. Ello explica la insistencia con que el Marqués de los Castillejos lo impuso en el séquito de sus ayudantes y colaboradores, cuando la reina lo designó jefe de la expedición española a México, organizada por el gabinete de O'Donnell como parte del compromiso surgido de la Convención de Londres.

No es del caso referir la actuación de Prim en México. Abundante y muy buena literatura se ha escrito sobre este personaje, e incluso, en el presente número de nuestro Boletín, el historiador J. Ignacio Rubio Mañé, actual Director del Archivo General de la Nación, publica un estudio acerca del Conde de Reus. Mejor fijemos la atención, como lo indicamos líneas arriba, en el brigadier Milans del Bosch, y sigamos sus pasos por nuestro país.

---

que no siguió: “Ahora bien, señores: ¿cuál era la solución más conveniente a la personalidad del general Prim? Naturalmente la primera, pues iba a pelear con la seguridad de vencer, y además, una vez en México, la reina hubiera recompensado mis servicios con el tercer entorchado, al paso que el emperador de los franceses me habría honrado con la legión de honor y me hubiera hecho Duque de México”. *Discurso del señor General Prim en el Senado Español, pronunciado al tratarse de la Cuestión Mexicana, en las sesiones de 9, 10 y 11 de diciembre de 1862*, México (Imprenta de Vicente García Torres), 1863, p. 16. No hay la menor duda de que Prim era un excelente militar, lo que demostró ampliamente en la campaña de Marruecos; tampoco hay duda de que era superior a Lorencez; pero ¿quién le aseguraba que, de enfrentarse a Zaragoza, habría de salir necesariamente victorioso? Puebla no fue Castillejos, ni Solferino, ni Crimea, y eso lo supo bien Prim; de ahí que choque ese desplante suyo de presuntuosidad, único lunar, por lo demás, en una trayectoria luminosa, serena y elevada.

<sup>14</sup> Véase, *Atzamiento de España en 1843* (Apuntes para la Historia Contemporánea), por A. y P., Cádiz (Imprenta Gaditana), 1843. El Manifiesto a pp. 93-97. “Una junta popular se creó inmediatamente en Reus para dirigir la insurrección. Componíanla los individuos siguientes: Presidente: D. Lorenzo Milans del Bosch...”, p. 97.

<sup>15</sup> AGRAMONTE, Francisco, *Prim*, Madrid (Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A.), 1931, p. 61.



Cuando desde Veracruz los comisarios de las potencias aliadas —Prim, Wyke y Saligny— decidieron enviar a Juárez la nota colectiva (o en estricto sentido, un Ultimátum), explicando vagamente la razón de ser de la Intervención, cada uno de ellos designó a un jefe, para conducir el documento hasta la ciudad de México, y entregarlo personalmente en las manos del señor Juárez. Prim nombró, para tan delicada misión, a Milans del Bosch.

No conocemos, por desgracia, las instrucciones confidenciales que el comisario español le dio a su paisano y subordinado, antes de marchar éste a la capital; en todo caso, debieron haber sido verbales, y se deducen fácilmente por lo que más tarde expuso el mismo Prim en el Senado español, defendiendo y justificando la labor encomendada a su ayudante. En resumen, Prim aconsejó a Milans, que tuviera los ojos muy abiertos durante el viaje, que observara el terreno y el despliegue de las fuerzas mexicanas, para el caso, no improbable, de un rompimiento; que sondeara a las personalidades del Gobierno en México y descubriera sus propósitos e intenciones; que observara si el régimen republicano tenía arraigo y consistencia, y cuánto pesaban las ideas monárquicas en el país. ¿Le dijo también que quedaba en libertad de externar sus ideas archiliberales, si lo juzgaba conveniente o lo provocaban a ello? Lo ignoramos, pero Milans del Bosch, típico catalán, sin olvidar las indicaciones de su jefe, no se colocó un zipper en la boca, y decidió mostrarse en nuestra capital, tal cual era: un caballero español, un anti-intervencionista, un liberal a prueba y, en fin, un hombre a quien le sentaba a las mil maravillas el clima de México.

La comitiva que salió del puerto trayendo el Ultimátum, se componía de las siguientes personas: “el brigadier español D. Lorenzo Millans de Bosch (sic), el capitán de marina inglés Mr. Edward Patham, y el jefe de estado mayor Mr. Thomasset. Los acompañan el jefe de estado mayor D. José Argüelles, el teniente Koor y el aspirante de marina Defilsjames.”<sup>16</sup> Igual que ocurría entre los “grandes” de Veracruz, donde el Conde de Reus llevaba la voz cantante, por ser más capaz, más perspicaz, más comprensivo del problema que sus colegas, y además, por hablar el español (única lengua en que se podía tratar con los mexicanos); así también, dentro del grupito que cabalgaba rumbo a la capital, Milans del Bosch fue el jefe virtual, el “director psicológico” de la expedición (utilizando el símil que a Prim aplica el historiador Ralph Roeder), y el único que se podía dar el lujo de detenerse en el camino, para charlar con un campesino o para platicar con los soldados de la escolta que el Gobierno mexicano había puesto a disposición de los comisionados. Esto le dio al

<sup>16</sup> El Siglo XIX, domingo 19 de enero de 1862.

*catalán una considerable ventaja sobre el inglés Patham y el francés Thomasset, lo que le permitió poder apreciar mejor la realidad mexicana.*

*Una viva expectación había en México por el próximo arribo de los portapliegos. El telégrafo estuvo informando acerca de su itinerario, y los diarios publicaban breves noticias de su marcha, sin hacer especulaciones sobre el objetivo real de aquella embajada.”<sup>17</sup> Doblado debió haber sugerido al Presidente que, sin menoscabar la dignidad del régimen, se les recibiera y tratara con especial hospitalidad, pues era necesario desbaratar por la vía diplomática la intriga de la Convención de Londres, y el primer punto que podía ganar nuestro Ministro de Relaciones era que, al retornar a Veracruz, los portapliegos llevaran la mejor idea del estado de cosas imperante en la Capital.*

*El 20 de enero al anochecer llegaron a la metrópoli, “y el Gobierno dispuso que se les diera alojamiento en el Hotel de Iturbide.”<sup>18</sup> Al día siguiente, introducidos por Doblado al despacho presidencial, los comisionados entregaron al Sr. Juárez los pliegos redactados por Prim a nombre de las potencias aliadas, “pues, según se dice, sus instrucciones prevenían que los pusieran en manos del supremo magistrado del país, lo que significa —deduce Zarco con astuta intención— el pleno reconocimiento del gobierno actual.”<sup>19</sup> Y añade la misma información: “los portapliegos visitaron ayer al señor Ministro de Hacienda, al señor Ministro de Prusia, y a algunos negociantes ingleses. Inmediatamente después de recibidas las comunicaciones, el Sr. Presidente reunió al gabinete, y hubo una larga junta de ministros. Se cree que los portapliegos regresarán a Veracruz dentro de dos días, y hay muchos rumores sobre probabilidades de honrosos arreglos.”*

*Que México, sus instituciones liberales y reformistas, y su digno y firme Gobierno, impresionaron profundamente a Milans del Bosch, no queda la menor duda. Con su porte severo, su tremenda superioridad moral, y la justicia de la causa de México externada a través de su profunda e inquietante mirada, Juárez conquistó al enviado de Prim, quien años más tarde, refiriéndose al hombre de Guelatao, lo recordaría con los adjetivos de “virtuoso” y “nuevo Cincinato de Occidente... con cuyas distinciones me*

<sup>17</sup> Informa *El Siglo XIX* del 16 de enero: “A Ultima Hora por Telégrafo.—Puebla, enero 16 de 1862 a las dos y seis minutos de la tarde: Un extraordinario del campo, me impone de que el 17 (*sic*) salieron los comisionados de la Estancia de San Juan, con quienes viene el Dr. Carrillo, secretario del General en Jefe”. A partir de esa fecha, el público se enteró por la prensa de los pasos de los comisionados, hasta su regreso a Veracruz, anunciado en *El Siglo* del 24 del mismo mes, para ese día.

<sup>18</sup> *El Siglo XIX*, martes 21 de enero.

<sup>19</sup> *El Siglo XIX*, miércoles 22 de enero.

honro." Estas opiniones, junto con la visión objetiva que de la situación de la Capital recogió don Lorenzo, expuestas más tarde al Conde de Reus, contribuyeron poderosamente a afirmar más a Prim en la idea de retirar a su patria del conciliábulo intervencionista, postura que esbozó primero en Soledad, frente a don Manuel Doblado, y después francamente en Orizaba, delante de los otros comisarios europeos. Así, el servicio que le hizo a México Milans del Bosch fue inapreciable, y quizá nunca llegaremos a saber cuánto se le debe a él en el proceder digno, elevado y justo de la política española de esos meses referente a los asuntos de nuestro país.

Pero Milans se dio a conocer en la ciudad de México, por un rasgo que mucho le honra, y que provocó enorme escándalo del otro lado del Océano. Resulta que, la víspera de su retorno a Veracruz, los comisionados europeos fueron invitados a un banquete que se daba en la Legación de Prusia, donde Mr. Wagner era el anfitrión. En la sección de sociales de un diario se anunció el festejo de la siguiente manera: "CONVIDADOS. Asistieron a la tertulia que dio antenoche el Sr. Wagner, el señor Ministro de Prusia (sic), los portapliegos, los Ministros de Relaciones, de Justicia y Hacienda, el Ministro americano, el Encargado de Negocios de Bélgica, el Gobernador del Distrito, y los señores Rodríguez, Monjardín, Velázquez de León, Escandón, Mosso, Rubio y Montes."<sup>20</sup>

El Barón de Wagner, Ministro de Prusia en México, se había hecho cargo de los intereses de los franceses en nuestro país, a pedimento de Saligny, cuando éste rompió con el Sr. Juárez. Diplomático de la vieja escuela monárquica, el prusiano era tan intervencionista como el propio Saligny, e hizo mucho mal a México con informes tendenciosos y amarillistas que llegaban a las Tullerías con periódica puntualidad germánica, para avivar el fuego de la intriga francesa contra nuestro país. Era Wagner un chismoso consuetudinario, forjador incesante de embustes, que no perdía correo a Europa para insistir ante Napoleón III que el noventa y nueve por ciento de la población mexicana clamaba al cielo por un emperador, si austríaco, mejor. No sabemos si el prusiano despreciaba sinceramente nuestras instituciones republicanas, o si quería enredar más a Francia y a Austria en el laberinto mexicano, para tenerlas distraídas lejos de Europa, mientras Bismarck afilaba las garras que darían el zarpazo en Sadowa, Sedán y Metz. Lo cierto es que Doblado no lo perdía de vista, y si en ningún momento se le ocurrió a nuestro canciller regresarle sus pasaportes, fue por no complicar más la situación y hacer cuatripartita una ofensiva contra México que con tres poderosos coaligados tenía más que suficiente.

<sup>20</sup> El Siglo XIX, sábado 25 de enero.

Mas si el Gobierno por necesidades de alta política se veía en la obligación de disimular la labor de zapa que realizaba el representante de Prusia, los particulares no se amarraron la lengua, y Wagner fue vapuleado de lo lindo, nada menos que por don Ignacio Manuel Altamirano, en un escrito que dio a la publicidad, y en el que desenmascaraba y exhibía los indecorosos manejos del prusiano. Publicamos en nuestro Apéndice Documental este texto del autor de Clemencia, que vale todo un Potosí.”<sup>21</sup>

Pero volvamos a la tertulia de la Legación de Prusia. Ocurrió ahí un incidente, del que fue principal protagonista don Lorenzo Milans del Bosch, y que ha sido relatado de dos diversas maneras, una por el propio Wagner, y otra por Prim. El primero informó a París, lo que Napoleón III transcribió a Maximiliano el 7 de marzo de ese año: “Le général Prim au lieu de marcher en avantet de parler en maître s’est, pour ainsi dire, humilié devant le gouvernement de Juarez. Son aide de camps envoyé a Mexico [Milans del Bosch] a répondu aux personnes qui manifestaient le désir du retour de la Monarchie, que bientôt il n’y aurait plus de monarchies en Europe!”<sup>22</sup> Por su parte Prim, al explicar en el Senado español el comportamiento de su aide de camps en el incidente de la Legación, dijo: “Contestando a la censura que se ha hecho a la conducta del brigadier Milans en los días que estuvo en México, suponiéndose que había brindado por la república universal, noticia que yo desmentí en carta al señor Ministro de Estado, como la desmiento ahora [digo que], en la Legación de Prusia se dio un banquete, al cual asistieron los aliados; y provocados éstos por el diplomático alemán, el brigadier Milans, como jefe más graduado, contestó asegurando la lealtad y el desinterés de las armas aliadas, y concluyó brindando por las damas mexicanas.”<sup>23</sup>

¿Qué fue lo que en realidad ocurrió durante el convivio de Mr. Wagner? Todo induce a creer que ambas versiones, la de Prim y la de Wagner, se complementan, dándonos así un retrato cabal de ese gran caballero, gran

<sup>21</sup> Algunas palabras acerca de Mr. Wagner, Ministro de Prusia en México, por el C. Ignacio Manuel Altamirano, Diputado al Congreso de la Unión, México (Imprenta de Vicente García Torres), 1862.

<sup>22</sup> CONTE CORTI, Egon Caesar, *Maximiliano y Carlota*. Versión del alemán por Vicente Caridad. México (Fondo de Cultura Económica), 1944, Apéndice, p. 634.

<sup>23</sup> *Discurso del señor General Prim...* etc., *op. cit.*, p. 8. Otro autor español, bien conocido por sus ideas monarquistas, explica el incidente con tendenciosa candidez: “En la capital fueron obsequiados [los comisionados] en la Legación de Prusia; y como el diplomático alemán hiciera una delicada indicación en su discurso, con la esperanza sin duda de que la contestación daría materia para enviar algún despacho a su gobierno, hubo necesidad de que los comisionados dijeran algo. El jefe español, como más caracterizado, se encargó de contestar limitándose a decir que las naciones aliadas se presentaban con gran lealtad y desinterés, y concluyendo con un brindis en obsequio de las damas mejicanas”. TORRES, Martín de las, *El Archiduque Maximiliano de Austria en Méjico*, Barcelona (Imprenta de Luis Tasso), 1867, p. 20.

liberal y digno español que fue Milans del Bosch. Reconstruyamos la escena con una poca de imaginación.

En el salón del banquete dado por Wagner había extranjeros y mexicanos, entre éstos tres secretarios de Estado (Manuel Doblado, Jesús Terán y González Echeverría). La martingala del ministro prusiano era que México deseaba la monarquía. Ser indiscreto constituía uno de los dones favoritos del Barón, pero no creemos que su cinismo llegara al grado de hablar del candidato Maximiliano, delante de Doblado ni de los demás funcionarios mexicanos que ahí se encontraban. De haberlo hecho, nuestro canciller habría protestado oficialmente, y quizá declarado persona non grata al boquiflojo diplomático, aun a riesgo de complicar más la situación internacional. No; Wagner debió haber esperado a que se retiraran los mexicanos, y entonces, a solas con los europeos, levantó su copa y propuso brindar por la Intervención y por la Monarquía en México.

El enviado de Prim no pudo más. Sus principios, su educación, su espíritu mismo lo colocaban más, mucho más cerca de Juárez —a quien acababa de conocer— que de Wagner, espécimen de esa maniática escuela que se empeñaba en buscarles colocación a archiduques sin empleo. Por eso mismo, en un gesto gallardo que nunca se olvidará, Milans del Bosch levantó su copa y, dando un mentís al torpe diplomático, exclamó: “Mejor brindemos por las damas mexicanas”. Y se llevó la noche.

Es muy probable que Wagner llamara aparte al catalán y le reprochara el que no hubiera secundado la tónica del brindis que él proponía. Entonces —siempre en el terreno de la suposición—, Milans, exasperado de tanta necedad, reafirmaría su ideología republicana, espetando al rostro de su interlocutor: “Pero, señor Ministro: ¿A qué brindar por la Monarquía en México, si pronto no habrá ya ninguna monarquía en Europa?” Mr. Wagner debió haberse quedado frío y se tragó la bilis, que luego vomitó en el despacho destinado a las manos de Napoleón III, mientras Milans, muy orondo, abandonaba los salones de la Legación.

Varios autores dudan de la veracidad del informe de Wagner,<sup>24</sup> dándole validez sólo al de Prim. Nosotros creemos que en los dos se expone la realidad, y hay varias razones que nos confirman en esa presunción. En primer lugar, es lógico que el Conde de Reus negara la imputación que se hacía a Milans, por puras razones políticas, ya que España era enton-

<sup>24</sup> Por ejemplo, MIQUEL Y VERGES, J. M., *El General Prim en España y México*, México (Editorial Hermes, S. A.), 1949, a p. 259, supone que “el emperador deformó a su manera el incidente”, al comunicar a Maximiliano la noticia procedente de Wagner. No lo creemos así, pues salta a la vista que fue el prusiano quien difundió la temeraria y audaz opinión de Milans, en los mismos términos que después, con disgusto inocultable, criticaba Napoleón III.

*ces una monarquía, y además no era prudente comprometer las relaciones entre Isabel II y Napoleón III, haciéndose solidario de una opinión republicana. En segundo término, la admiración y el respeto que siempre tuvo don Lorenzo por la persona y el gobierno de Juárez, hacen más que probable la versión de los conceptos que externó a Wagner. Y por último, la decidida participación que tuvo Milans en la Revolución de 1868, que derrocó a Isabel II, refuerzan más todavía el antimonarquismo del catalán, manifestado sin ambages en México cuando justamente se maniobraba para imponer a nuestro país un régimen que abominaba aquel apasionado liberal.*

*Prim quedó más que satisfecho de la misión encomendada al brigadier, las damas mexicanas se sintieron halagadas por su actitud, y el gobierno del Sr. Juárez adquirió la convicción de que, al retornar a Veracruz, tenía en Milans del Bosch a un buen amigo de México. Así, cuando Doblado se encaminó al pueblo de Soledad, el Conde de Reus estaba en la mejor disposición de llegar a un acuerdo con él, pues ya Milans había deshecho el hielo y abierto la puerta a un completo entendimiento.*

*La coalición se cuarteó. Inglaterra y España reembarcaron sus tropas, y Francia permaneció en México para consumir su obra de infamia, deshonor y desvergüenza. Milans del Bosch, de vuelta a su patria, siguió con interés el curso de los acontecimientos, y cuando en 1867 ocurrió la catástrofe de Querétaro y el pueblo mexicano ejecutó en el Cerro de las Campanas, no a Maximiliano, sino a la idea monárquica e intervencionista, el distinguido liberal español volvió a dejar oír su voz, para decir que estaba, como en 1862, con Juárez, con México, con nuestra libertad y con nuestra justicia.*

*En medio de la gritería que provocó en Europa el fusilamiento de Maximiliano, cuando lo menos que se decía de Juárez era que se trataba de un asesino sin conciencia, Milans salió a la palestra en defensa de la actuación de nuestro Gobierno, dando un bofetón más a los monarquistas e intervencionistas del Viejo Mundo, y a las plañideras que gemían y gesticulaban con histeria, por la ejecución ejemplar de un emperador usurpador.*

*Cerramos esta breve evocación del paso por México de don Lorenzo Milans del Bosch, publicando su preciosa carta, de agosto 12 de 1867, en la que ratifica su simpatía hacia la causa de la República, abanderada por ese ilustre magistrado que fue don Benito Juárez, de quien el amigo de Prim hizo uno de los más encendidos elogios de la época. Causa pasmo, por lo mismo, advertir en ella que un español salga en defensa de nues-*

tras instituciones y de nuestro Presidente, rebatiendo no a un extranjero, lo que no tendría nada de particular, sino a un traidor mexicano, colaborador de Maximiliano, que tuvo la impudicia de llamar a cuentas al señor Juárez, por haber éste enviado al paredón a su jefe e ídolo. El latigazo de Milans del Bosch, revolucionario auténtico y liberal de corazón, dirigido al Sr. Castillo, es formidable y tajante, y puede muy bien aplicarse a todos los traidores, de todos los países, de todos los tiempos. Helo aquí: "Lo que sí mancha a México... lo que deshonra las naciones que luchan por su independencia, son los emigrados de Coblenz, los afrancesados de España, los austrofrancos de México, esos hombres funestos, mengua de las tierras en que nacieron, que van a mendigar del extranjero bayonetas y tiranos para oprimir sus madres patrias."<sup>25</sup>

Con este admirable juicio, el catalán se calcó tan clara y transparentemente, como Juárez al levantar el cadalso del Cerro de las Campanas y remitir a Europa un obsequio que todavía guardan los vieneses con profundo agradecimiento para el donante: el cadáver del archiduque intruso. Y así, en diferente medida y desde diversos planos, los dos, Juárez y Milans, hicieron un gran servicio a México y a todos los pueblos que luchan por su autodeterminación, por su dignidad y por su soberanía.<sup>26</sup>

México, septiembre de 1962.

---

<sup>25</sup> La Carta de Milans se halla en, RUBIO, Carlos, *Historia Filosófica de la Revolución Española de 1868*, Madrid (Imprenta y Librería de M. Guijarro, Editor), 1869, 2 vols., T. I. pp. 429-31. De la misma obra reproducimos el magnífico retrato de don Lorenzo, poco conocido de los lectores mexicanos.

<sup>26</sup> Don Carlos Rubio (*op. cit.*, pp. 428-429), al presentar al público la Carta de Milans del Bosch, expone estos interesantes juicios sobre el fusilamiento de Maximiliano: "He sentido que matasen a Maximiliano, porque era hombre: lo hubiera sentido también si fuera perro; pero no encuentro razón para llorar más su muerte que la de cualquier otro ciudadano... ¡Los españoles compadeciéndose más de un austriaco desconocido que de sus compatriotas! Vergüenza da recordarlo. Enemigo soy de la pena de muerte; pero si alguna vez me encontrara en la situación de Juárez, confieso que la emplearía como él la ha empleado, y si algún extranjero como el célebre José I volviese a manchar con sus pies nuestro territorio, y le encontrara, aunque sólo fuera con una partida de cinco hombres, le mataría como a una bestia dañina".

## [TEXTOS POLITICOS]

### I

## EL CONGRESO DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS, A LA NACION

(9 DE MAYO DE 1862) <sup>1</sup>

### MEXICANOS:

Un ejército francés ha avanzado al interior de la República, sin fundar los motivos de su inicua agresión, sin que haya precedido siquiera una declaración de guerra. Como los pueblos que invadían a otros en los tiempos de barbarie, ha avanzado sin dar más razón que la de la fuerza, pretendiendo poder arrebatar a México sus derechos de nación soberana, su independencia y su honor.

Mal informado el gobierno francés, ha escuchado a los que por miserables intereses le inspiraban una conducta indigna de la Francia, y contraria a los principios de la justicia, del derecho y de la libertad de los pueblos. Con siniestros consejos no sólo lo han inducido a atentar contra la soberanía de México, sino a ofender también a las dos potencias con quienes se había coligado.

En la Convención de Londres se mantuvo el principio de la no intervención, obligándose los tres aliados a respetar siempre la libre voluntad del pueblo mexicano. En los Preliminares de la Soledad, reconocieron que el gobierno establecido en la República conforme a su constitución, no necesitaba de ningún auxilio, ni de intervención extraña, sostenido como está por la fuerza de su autoridad y por la opinión nacional. Sin embargo, los comisarios del gobierno francés, antes de dar los primeros pasos

<sup>1</sup> El original de este Manifiesto con las rúbricas de los diputados, que aparecen al calce, se halla en el AGN, Ramo de *Gobernación*, Caja 300. Adjunto viene el impreso, tirado en los talleres de Vicente García Torres.



para cumplir su palabra, antes de tener la apariencia de un solo pretexto para eludirla, rompieron con sus aliados, violando sus solemnes compromisos. No necesita México calificar la conducta de los comisarios franceses; ya la calificaron los de la Inglaterra y la España, y la calificarán todos los pueblos, todos los hombres de corazón, para quienes no sean palabras vanas la fe prometida, la palabra empeñada y el honor de las naciones.

La historia registrará el rasgo inaudito de la falta de todo escrúpulo de honra, con que los comisarios del gobierno francés anunciaron sin embozo a sus dos aliados en Orizaba el 9 de abril de 1862, que la intención secreta de su gobierno al firmar la Convención de Londres había sido proceder contra el tenor más explícito de sus estipulaciones. Registrará también que la Inglaterra y la España prefirieron con justicia, que el escándalo del rompimiento dejase a los comisarios franceses ante el mundo entero la responsabilidad de su innoble conducta, antes que aparecer como cómplices, o como instrumentos de su perfidia.

Descubierta la primera, ya no han tenido freno que les impidiera cometer otras nuevas. Violaron sin pudor la estipulación de los Preliminares de la Soledad, confirmada en su nota de 9 de abril, por la que contrajeron el solemne compromiso de que sus fuerzas volverían a sus antiguas posiciones. Para los comisarios del gobierno francés, ha valido menos el honor de las armas francesas que las dificultades y los peligros de atacar las primeras posiciones fortificadas del ejército mexicano. Creyeron que la época de 1808 en España podía repetirse, aun con menos disimulo, en un país lejano.

La desgracia de una derrota puede repararse con una victoria; pero con nada se limpia una mancha tan grande en el honor. La misma Francia querrá dejarla sobre la cabeza de sus comisarios, y al saber su perfidia se llenará de indignación.

Tan inicuos fines y tan repugnantes medios han querido cubrirse con un velo roto hace siglos, que a nadie puede ya engañar, porque lo han gastado mil veces todos los que creyéndose fuertes desean oprimir a los pueblos que consideran débiles, arrancándoles su libertad. Si finge querer proteger al pueblo mexicano para que pueda establecer un gobierno de su elección, precisamente en la época que ha alcanzado el objeto de sus constantes esfuerzos para constituirse conforme a su libre voluntad.

Tres años luchó primero hasta que sus representantes sancionaron en 1857 la Constitución que deseaba el voto nacional; y cuando una revolución quiso derrocarla, volvió a luchar tres años sin descanso, hasta hacerla triunfar. En ella consignaron los representantes del pueblo su voluntad soberana,

proclamando en el artículo 41 que “Es voluntad del pueblo mexicano constituirse en una República representativa, democrática, federal, compuesta de Estados libres y soberanos en todo lo concerniente a su régimen interior, pero unidos en una federación establecida según los principios de esta ley fundamental”.

Este principio político ha sido la bandera de México, desde que por el heroico esfuerzo de sus hijos recobró su independencia; y ésta ha sido la primera base del sistema de gobierno que han defendido los mexicanos, y que con sus votos y con su sangre han llegado a consolidar. Nada más se afecta desconocer la voluntad de la gran mayoría del pueblo mexicano para encubrir el principal objeto de la agresión, que es oprimir a la República, como primer paso para introducir en México y en otros pueblos de América, la influencia dominante de una política que diese a una nación superioridad sobre otras en las relaciones de estos pueblos con los demás.

Para el mismo fin se ha buscado un hijo desnaturalizado de México, esperando que lograrse alucinar a algunos de sus compatriotas hasta poder consumir su traición. Se atropellan la justicia y los principios que respetan hoy todos los pueblos civilizados, deseando oprimir por la fuerza la voluntad nacional; pero se finge querer confiar los destinos de la República a un mexicano traidor, para que después pudiera él entregarla indefensa al gobierno que lo emplea como dócil instrumento de su ambición.

Dos de las naciones aliadas, aunque inducidas en error habían enviado sus fuerzas contra la República; sin embargo, cuando quiso entrar a ella don Miguel Miramón, lo hicieron reembarcar, porque aquéllas no venían con el intento de introducir la anarquía, ni de alentar a los restos que quedaban de la facción. Así demostraron la lealtad con que habían firmado las estipulaciones de la Convención de Londres.

Formando indigno contraste con la conducta de la Inglaterra y de la España, los comisarios del gobierno francés traen consigo a don Juan Almonte, para que bajo su amparo pudiese enviar desde Veracruz a los oficiales del ejército mexicano planes revolucionarios, y para que, aun sin la habilidad del disimulo, esos mismos planes, ya antes descubiertos y publicados, se proclamaran después en Orizaba bajo las bayonetas francesas, pagando a algunos menesterosos para que los firmasen, y atreviéndose a poner las firmas de algunas personas dignas, que a pesar de la misma presión de las bayonetas francesas las han declarado suplantadas.

El Gobierno de la República llevó hasta el último grado su moderación, pidiendo nada más que don Juan Almonte fuese reembarcado, sin usar del perfecto derecho que tenía para reclamar su entrega, por estar en una

ciudad del territorio mexicano que no había ocupado por la fuerza el ejército francés, sino en la que sólo se le habían dado los cuarteles que solicitó por motivos de salubridad. Entonces los comisarios franceses rehusaron alejarlo, con el fútil pretexto de que la Francia ha amparado ya a muchos proscritos, sin dar el ejemplo de abandonar a ninguno. Como si en lugar de amparar a un criminal dentro de su territorio, tuviese la Francia el derecho de llevarlo y auxiliarlo con sus armas para que traicionase a su patria.

En nada se han detenido los comisarios franceses, ni por interés de su propia honra, ni por el buen nombre de su nación. Suscribieron los Preliminares de la Soledad, con el único intento de comprar algunas ventajas de mala ley al precio del honor de sus propias firmas, que eran las firmas de los representantes del gobierno francés.

Para obtener cuarteles en lugares sanos, y librarse de toda hostilidad mientras les llegaban más fuerzas, reconocieron en los Preliminares la legitimidad del Gobierno de la República, confesaron que está apoyado en la *voluntad nacional*, y ofrecieron abrir con él negociaciones el día 15 de abril; pero apenas recibieron sus refuerzos, cuando impacientes de sacar el fruto de su deslealtad, sin esperar el día señalado, declararon en 9 de abril que venían a derribar al Gobierno establecido, diciendo ya que se apoyaba en una minoría opresiva contra la voluntad de la mayoría de los mexicanos.

Fingieron que consentían en la devolución de la aduana de Veracruz al Gobierno de México, para que permitiese que el comercio enviara los carros y los medios de transporte de que carecía el ejército francés; pero cuando llegaron éstos y pudieron retenerlos, impidieron que la aduana fuese devuelta.

Se obligaron a que, no teniendo buen éxito las negociaciones, volverían sus fuerzas a los puntos que antes ocupaban; pero en lugar de cumplir tan solemne compromiso, prefirieron dar a México y al mundo el derecho de decir que, por evitar los peligros del combate, habían querido salvar, por medio de una felonía, las primeras posiciones fortificadas del ejército mexicano. No se podrá reprochar a México, que depositara plena confianza en que el honor de las armas francesas sería sagrado para sus jefes y para los comisarios de su gobierno. No ha sido México quien haya pretendido ultrajar ese honor, sino ellos los que no vacilaron en mancharlo, ni se arrojaron por la previsión de que si el ejército francés sufría después un desastre, se confirmaría la creencia de que habían temido comenzar los combates en las primeras posiciones fortificadas.

Vieron, en fin, que el Gobierno de México había retirado algunas de

sus fuerzas, descansando en la fe de los Preliminares; y esto decidió a los comisarios a romper sus compromisos antes del plazo señalado en aquéllos. De ese modo creyeron llegar fácilmente al centro de la República.

Para gloria eterna de ella, lo han impedido algunos de sus buenos hijos. Dos mil mexicanos detuvieron a todo el ejército francés en las Cumbres de Acultzingo, y después en Puebla una fuerza menor que la suya, lo ha rechazado el día 5 de este mes, obligándolo a retirarse.

Dios ha protegido la causa de la justicia. Han venido en el ejército francés los cuerpos más distinguidos en las campañas de Crimea y de Italia; y sin embargo, con menor número y con menos elementos de guerra, han empezado a triunfar la guardia nacional y el ejército mexicano.

Los soldados franceses, que han vencido en todas partes donde defendían una causa noble y digna, reconocerán la justicia de su desastre, porque combatían sin motivo para atacar la independencia de un pueblo. No se retirarán con vergüenza, porque han probado siempre su valor, pero sentirán la amargura de haber sido rechazados en una guerra inicua en que los representantes de su gobierno han querido hacerlos instrumentos de la codicia, la perfidia y la traición.

Mexicanos. Tened justo orgullo de la gloria que en Acultzingo y en Puebla han conquistado nuestros hermanos para la República. Ya la representación nacional ha dado un voto de gracias al general en jefe, los generales, jefes, oficiales y soldados que han merecido bien de la patria.

Imitad su heroica conducta todas las veces que sea necesario. El principio feliz de la campaña es digno de la causa de la independencia de México; pero todavía podrá tener que arrostrar graves peligros en los que necesite del esfuerzo de todos sus hijos.

Uníos alrededor del Gobierno que sostiene dignamente la causa de la nación. Con plena confianza en él, la representación nacional lo ha investido de todo el poder necesario para que pueda salvar a la República. El Congreso no duda que lo hará, porque sabe que los Estados no han omitido, ni omitirán esfuerzo ninguno para ayudarlo en la defensa de la nacionalidad, y porque conoce el patriotismo con que los mexicanos sacrificarán todo, para defender la patria, la independencia y la libertad.

Salón de sesiones del Congreso. México, 9 de mayo de 1862.—*José Linares*, diputado por el Estado de Guanajuato, presidente del Congreso. *Manuel Dublán*, diputado por el Estado de Oaxaca, vicepresidente del Congreso.—Por el Estado de Aguascalientes: *Jesús Gómez*.—Por el Estado de Campeche: *Tomás Aznar Barbachano*.—Por el Estado de Chiapas: *Matías Castellanos*, *J. Mariano García*.—Por el Estado de Chihuahua: *Martín Sa-*

lido.—Por el Estado de Durango: *J. Hernández y Marín, Alfonso Hernández*.—Por el Estado de Guanajuato: *Vicente López, Enrique Arce, Juan Zalce, Pomposo Vázquez, Braulio Carballar, Nicolás Medina*.—Por el Estado de Guerrero: *Antonio Carrión, Juan A. Mateos, José M. Conde de la Torre, Ignacio M. Altamirano, José M. Ramírez, Joaquín Moreno, Sabás García*. Por el Estado de Jalisco: *Antonio C. Avila, Lauro Guzmán, I. Calvillo Ibarra, Manuel R. Alatorre, Félix Barrón, Ladislao Gaona, A. Herrera y Cairo*.—Por el Estado de México: *Justino Fernández, A. Garrido, José L. Revilla, M. de Madariaga, M. Romero Rubio, José R. Trejo, Manuel Saavedra, Joaquín Escalante, Manuel de la Peña y Ramírez, Víctor Pérez, Antonino Tagle, Ramón Iglesias, Ignacio Ecala, Pablo Téllez, Domingo Romero, Manuel Castilla y Portugal, Antonio Rebollar, J. N. Saborío, S. Lerdo de Tejada, M. Riva Palacio, Ezequiel Montes*.—Por el Estado de Michoacán de Ocampo: *Manuel G. Lama, Francisco de P. Cendejas, J. Mendoza, Antonio Espinoza, Jesús Echaiz, Juan Aldaiturriaga*.—Por el Estado de Nuevo León y Coahuila: *Luis Galán, Manuel Gómez*.—Por el Estado de Oaxaca: *J. A. Gamboa, G. Larrazábal, Manuel Ruiz, Manuel Posada, Manuel E. Goytia, Ignacio Mariscal*.—Por el Estado de Puebla: *Joaquín Ruiz, José M. Bautista, Pedro Ampudia, J. Juan Sánchez, Manuel Jiménez Salazar, José María Bello y García, Manuel Espinosa, Manuel María de Zamacona, Manuel Maniau, Francisco Ferrer, Manuel María Ortiz de Montellano*. Por el Estado de Querétaro: *F. Verduzco, Francisco Frías y Herrera*.—Por el Estado de San Luis Potosí: *Susano Quevedo, Enrique Ampudia, Carlos M. Escobar, Vicente Chico Sein, Gabriel Aguirre, Mariano A. Villalobos, José M. Undiano, Martín Gascón*.—Por el Estado de Tamaulipas: *Emilio Velasco, Agustín Menchaca*.—Por el Estado de Tlaxcala: *Tomás B. y Torral, Pascual Miranda*.—Por el Estado de Veracruz: *Eufemio M. Rojas, Leonido Vadillo, Manuel G. Tello, Manuel Díaz Mirón*.—Por el Estado de Yucatán: *Juan Suárez y Navarro, José R. Nicolín, Francisco María Arredondo*. Por el Estado de Zacatecas: *Miguel Auza, J. D. Castro, José María Avila, Juan Arteaga, S. Acevedo, J. Ruvalcaba, Trinidad G. Cadena*.—Por el Distrito Federal: *J. Valente Baz, Tomás Orozco, Pantaleón Tovar, Blas Balcárcel, Felipe Buenrostro, Gabino F. Bustamante, Antonio Herrera Campos, Florencio M. del Castillo*.—Por el territorio de la Baja California: *Félix Gibert*.—*Remigio Ibáñez*, por el Estado de Guanajuato, diputado secretario.—*Anselmo Cano*, por el Estado de Yucatán, diputado secretario.—*Manuel Rojo*, por el Distrito Federal, diputado secretario.—*Manuel María Ovando*, por el Estado de Puebla, diputado secretario.

Imprenta de Vicente G. Torres.—1862.

## II

PROTESTA QUE ANTE LA NACION, Y A FAVOR DE SU INDEPENDENCIA, INSTITUCIONES Y AUTORIDADES LEGITIMAS, HACE A NOMBRE DEL CONGRESO CONSTITUYENTE Y CONSTITUCIONAL DEL ESTADO LIBRE DE QUERETARO, LA DIPUACION PERMANENTE DEL MISMO CONGRESO <sup>2</sup>

(26 DE AGOSTO DE 1862)

### COMPATRIOTAS:

Desde el tratado que en la capital de Inglaterra concluyeron el 31 de octubre último las tres grandes potencias occidentales de Europa, hasta el ataque de Puebla verificado por los soldados franceses, hemos tenido a la vista una serie gradual de sucesos en que alternativamente ha podido tener algún lugar la duda acerca de las verdaderas intenciones de los gobiernos coligados, acerca de la clase de poderes que trajeran sus representantes diplomáticos, acerca de la mayor o menor fidelidad con que éstos los ejercieran, y acerca de la aprobación o reprobación que en consecuencia alcanzarían sus primeros hechos ante los gabinetes respectivos. Pero el tratado de Londres quedó sin efecto; las tropas francesas tomaron a su cargo el papel de salteadores; la Inglaterra y la España se retiraron de la escena, quizá para reaparecer en ella más tarde, midiendo sus exigencias por la suerte que nos toque; Napoleón aprueba la conducta de sus enviados y sus generales; el cuerpo legislativo, que le está sumiso y lo adula, le ministra recursos para que venga a México a borrar la infamia con la infamia; la duda, pues, y las esperanzas, no tienen ya lugar: la guerra es inevitable con el que de hecho lleva el título de "Emperador de la Francia"; las matanzas y las iniquidades que la asediada Roma tuvo que presenciar en junio y julio de 49, se repetirán en nuestro suelo, y con mayores dimensiones.

Así pues; la Diputación permanente del Congreso constituyente y constitucional de Querétaro, a nombre del mismo Congreso, representante legítimo de la soberanía local y poder legislativo de los ciudadanos y habitantes que forman el estado político, y con cuyo carácter puede y debe dictar leyes y resoluciones conformes a la Constitución y leyes generales de la República, así como dirigirse tanto a sus comitentes como a la nación

<sup>2</sup> Querétaro (Tip. de M. Rodríguez Velázquez, a cargo de Víctor Guillén), 1862, 8 págs. Este raro folleto se encuentra en la Biblioteca del AGN.

por medio de manifiestos y protestas públicas, a la vez que las circunstancias lo exijan.

### CONSIDERANDO:

Que el verdadero principio de la nacionalidad de los países consiste en la absoluta independencia exterior para la conservación de su ser político, y en la completa libertad interior para organizar su gobierno según las necesidades peculiares de sus habitantes.

Que por el derecho de la naturaleza y las leyes eternas de la moral, ninguna nación está facultada para atentar contra la existencia de otra, ni contra su manera de ser.

Que por tal razón, los mentidos derechos de conquista y de protectorado forzoso, no son sino invenciones del ladroncio vandálico y del despotismo, apoyados únicamente por la fuerza bruta.

Que por el derecho internacional moderno fundado en los usos y costumbres de una época de cultura, aún está reprobado el simple hecho de intervención extraña en la política de un país independiente.

Que a la vez que estos principios de eterna razón sean conculcados por una nación inquieta y usurpadora, no queda a la nación agredida otro recurso para conservar su inviolabilidad que el de la guerra ofensiva y defensiva, puesto que las naciones aún no existen en estado de sociedad regular y organizada en forma de estado político universal.

Que si la nación injustamente agredida sucumbe a la superioridad de la fuerza física, tal circunstancia accidental no hace que aquélla pierda sus eminentes e imprescriptibles derechos, ni legitima en manera alguna las pretensiones y las empresas piráticas de la nación agresora.

Que, por lo mismo, la nación sojuzgada puede en cualesquier tiempos y circunstancias que le sean propicios, reivindicar ante la justicia universal el uso de sus derechos ultrajados.

Que los hijos de una patria oprimida que de cualquier modo se asocian directamente al extranjero opresor, se hacen reos del más detestable crimen proditorio.

Que son cómplices en ese mismo crimen los nacionales que de cualquiera manera atentan contra las instituciones y autoridades legítimas de su país, obstando con su egoísmo o sus rastreros intereses personales, la justa y vigorosa resistencia que debe oponerse al invasor; y en fin,

Que el gobierno francés, hijo de la cábala, de la impostura y del perjurio, so pretexto de vengar supuestas vejaciones cometidas por los mexi-

canos contra los súbditos de él, fingiendo una misión humanitaria y civilizadora, y pretendiendo ridículamente lavar con otra mancha la que él mismo ha arrojado sobre la bandera de Francia, nos trae la guerra a nuestra patria para hacer efectiva su intervención directa.

### SOLEMNEMENTE DECLARA Y PROTESTA:

1° Que el Congreso del Estado reconoce en toda su plenitud el derecho que México tiene a su independencia exterior y libertad interior, y, por lo mismo, su carácter de nación soberana.

2° Que el mismo Congreso no reconoce especie alguna de facultades en Francia ni en ninguna otra nación para atacar la soberanía de México.

3° Que, por tanto, rechaza toda empresa de Francia o cualquier otro país relativa a conquista, o sólo protectorado, que la República Mexicana no solicite o admita clara, legal y espontáneamente.

4° Que aun rechaza toda intervención extraña directa, no sólo física sino moral, en la política interior de la República Mexicana.

5° Que respeta el derecho y reconoce la obligación que México tiene para repeler con la fuerza la injustificable invasión que de nuestro país ejecuta hoy el gobierno francés, y aun para usar con tal objeto de toda clase de represalias y valerse de toda especie de medios hostiles, puesto que el usurpador ni guarda fidelidad, ni observa las leyes a que por el derecho natural y las prácticas internacionales está sujeta la guerra.

6° Que ni en la ocupación por efecto de una victoria decisiva, ni en el lapso de cualquier espacio de tiempo, ni en tratados que se celebraran bajo el imperio de la fuerza extraña, verá ningún derecho de adquisición legítima, o prescripción, por parte de Francia o de su gobierno, ni obligación alguna verdadera por parte de la República Mexicana.

7° Que, por lo mismo, ésta conserva siempre y en plenitud absoluta su derecho de insurrección armada contra Napoleón III o cualquier otro usurpador.

8° Que a todo mexicano que de cualquier modo auxilie directamente al invasor, lo reputará y perseguirá en cualquier tiempo dentro del territorio del Estado, como abominable delincuente, proscrito y privado de toda clase de protección por parte de las leyes y de las autoridades mexicanas.

9° Que a todo mexicano que promueva o tome parte en motines y asonadas contra la Constitución Federal de 1857 y Leyes de Reforma, contra



las constituciones y leyes particulares, o contra las autoridades de la Nación y de los Estados, legítimamente constituidas, lo reputará y tratará como cómplice en el crimen de traición a la patria; y en fin,

10. Que a todo mexicano que resista, especialmente si lo hace a mano armada, el cumplimiento de las disposiciones legales de las autoridades políticas supremas de la Nación o de los Estados, lo reputará y tratará igualmente como cómplice en el delito de *lesa-nación*.

Salón de Sesiones de la Diputación Permanente del Congreso del Estado.

Querétaro, 26 de agosto de 1862.

*Antonio Santoyo* (Diputado Propietario), *Enrique Escobedo* (Diputado Suplente), *Julián Caballero*.

### III

## MANIFIESTO DEL CONGRESO DE LA UNIÓN <sup>3</sup>

(27 DE OCTUBRE DE 1862)

Los representantes de los Estados Unidos Mexicanos, reunidos en congreso, declaran: que el primero y más imperioso de sus deberes, al comenzar sus tareas legislativas, en este período constitucional de sus sesiones, es manifestar a sus conciudadanos, y al mundo entero, cuál es su intención, al reunirse a desempeñar la alta misión que les confiaron los pueblos en tan críticas y solemnes circunstancias; y cuál, también, su firme resolución, sean cuales fueren los acontecimientos que el porvenir prepara a la patria.

Invasión y ultrajada la nación, que antes había sido tan calumniada; desconocidos y hollados sus derechos, y menospreciada su soberanía y su independencia, se ha invocado, para la justificación de hechos tales, la caída del presidente Juárez, presentándolo como la única causa y el único enemigo que se combate; como al principio de este siglo se invocó, por motivos bien diferentes, la caída de Napoleón el primero. Se dice que no se hace la guerra a la nación, sino a un solo hombre; y repitiendo lo que la Europa coligada dijo en aquellos tiempos a la Francia invadida, se prometen mil venturas y el consultar la voluntad de todos, al derribar al gobierno por todos establecido.

<sup>3</sup> Copia impresa; se halla en la misma Caja 300 del Ramo de *Gobernación*, del AGN.

Sucedería hoy en México lo que entonces en Francia: su humillación y la desmembración de su territorio, o el pasar de ser nación a ser colonia francesa.

El emperador de los franceses declara a México que no le manda la guerra, sino la felicidad: que su único enemigo es Juárez, y que desapareciendo éste se hará lo que México quiera; y hasta tal punto, que si insiste en colocar a su cabeza al presidente Juárez, las tropas francesas lo sostendrán.

Excusado es preguntar con qué derecho se pretende de los mexicanos, ya sea eso, ya cualquiera otra cosa que ofenda en lo más mínimo su soberanía.

Sabido es que toda ley, todo derecho, callan cuando sólo las armas mandan y se hacen escuchar.

Pero a ese lenguaje, México y los mexicanos todos, responden: que no aceptan, ni aceptarán jamás, la menor intervención extraña en sus negocios, y su organización social y política; que elegido libre y constitucionalmente, como primer magistrado de la República el C. Benito Juárez, no sólo no consentirán nunca que reciba la ley de cualquiera potencia extranjera, por poderosa que ésta sea, y por numerosos y aguerridos los ejércitos con que se invada al país, sino que se opondrán, ahora y siempre hasta que termine su período legal, a la separación del puesto que tan dignamente ocupa.

Los representantes de la República Mexicana reunidos en este Congreso, así lo declaran de la manera más solemne; y declaran al mismo tiempo, que investirán al ejecutivo en estas circunstancias, de toda la suma de facultades que fueren necesarias para salvar la situación; pues para ello les confiere poderes bastantes la Constitución y tienen y depositan por lo mismo toda su confianza en el Presidente.

Los representantes de la nación declaran igualmente: que se decidirán con todo empeño a desarrollar su sistema político, expidiendo las leyes constitucionales que aún faltan para coronar al edificio y darle toda la firmeza y solidez que requiere.

La reunión del actual Congreso, en estos momentos, es la mejor y más victoriosa prueba de la regularidad de la marcha administrativa.

Esa regularidad misma que se observa en los Estados, que forman esta federación, y la que se ha seguido para las elecciones libres, espontáneas y legales de los que aquí nos encontramos reunidos, desmienten todas las calumnias inventadas por nuestros gratuitos enemigos; y el Congreso de los Estados Unidos Mexicanos considera, como uno de sus primeros y el

más satisfactorio de sus deberes, el consumir la obra grandiosa de la consolidación de las instituciones federales, siguiendo sus tareas con esa misma calma y esa admirable regularidad.

Al ocuparse el Congreso de sus deberes en el interior, no desatenderá los que tiene para las cuestiones del exterior.

Se encuentra animado de la mejor disposición para volver por el honor y el buen nombre de México y de sus autoridades. Ya que éstas y aquél han dado al mundo civilizado pruebas tan honrosas como evidentes de que se calumniaba al país, con la conducta mesurada, noble, leal y generosa que ha observado y observa con todos los extranjeros que la habitan, y con los mismos franceses, a pesar de la imprudencia de algunos de los primeros y del indigno proceder de una parte de los otros, continuará esa conducta y apoyará al gobierno hasta lograr que se restablezcan las buenas relaciones con las potencias extranjeras y se haga justicia al que la tenga.

La República cumplirá con sus deberes y con sus compromisos, y seguirá observando la misma conducta. El extranjero pacífico será protegido como hasta ahora, no sólo hasta donde pudiera exigirlo el derecho, sino hasta donde pudiera inspirarlo la más amplia generosidad; el pernicioso o criminal serán reprimidos o castigados del modo más severo.

Los representantes, reunidos en congreso, nada desean más, que ver confirmadas las esperanzas que el ejecutivo les manifestó en la apertura de sus sesiones, y será un día de satisfacción y de gloria para la patria el día en que se restablezca la buena inteligencia entre la República y los gobiernos de la Gran Bretaña y de España.

La leal y noble conducta de sus representantes, al romperse los Convenios de la Soledad, exigen de nuestra parte toda especie de consideraciones, y México no olvidará jamás la hidalguía y procederes caballerosos del valiente general español que no quiso mancharse ni doblegar la cerviz en aquellas circunstancias.

Hizo un servicio a México, pero lo hizo mayor a su patria, España. Al mundo entero toca calificar de qué lado estuvo la justicia, y de qué lado el honor y la lealtad.

La historia imparcial será bien severa para los plenipotenciarios franceses, cuya conducta y manejos sirven de contraste con la digna y pundonorosa de los ingleses y el español.

La República Mexicana ha aceptado la guerra inicua y devastadora que se le ha traído por el emperador de los franceses. Ni podía ser de

otra manera, si se la considera con los derechos y con los deberes que tiene toda nación soberana e independiente.

Pero esa resistencia a que se la obliga; esa guerra defensiva la hará, por su propio honor, como toda nación civilizada la hace el día de hoy, y con arreglo al derecho de paz y de guerra según los adelantos del siglo.

La hará con energía y decisión, y se defenderá del emperador de los franceses, protestando al mismo tiempo todas sus simpatías hacia esa nación con la que se la obliga a luchar.

Si el emperador dice a México que no quiere con él la guerra, y que sólo se la hace a su presidente Juárez, la nación mexicana le responde: que ni ha provocado, ni ha querido, ni quiere la guerra con Francia; que la acepta, y la hará por todo el tiempo que fuere necesario, y con todo el tesón y la perseverancia que se requieren en guerras de esta naturaleza, a ese emperador, engañado antes y hoy seducido por la ambición de ocupar un rico territorio y de disponer de los destinos de todo un continente.

Sólo paz y buena inteligencia quiere México con Francia; sólo desea verla prosperar, y que sea grande y feliz; y no abriga más sentimientos hacia ella que los de la admiración cuando marcha por el sendero del honor y de la justicia.

Separado de él su emperador, ha entrado con él en esta guerra inicua; y no levantará la mano de la empresa ni entrará en pláticas ningunas de paz o arreglo de ninguna clase en que tenga que sacrificar su honor y su dignidad, o que sufrir la menor desmembración de su territorio.

Tal es la mira que se supone por algunos a la colosal expedición que se ha mandado a nuestras costas para invadir nuestros hogares.

Una rica California resultó de otra invasión al territorio mexicano. Quieren acaso encontrar una nueva California en nuestros ricos y metalíferos terrenos los ávidos especuladores de Europa, unidos a personajes de elevada posición de la corte de Francia, y a sus comisionados en la República, que abusando de su carácter y de su posición se han convertido en socios y cómplices de los que, ocupados en el agio, fundan sus especulaciones en la ruina del país.

La sabiduría y la previsión de los distinguidos Monroe y Bolívar, se ponen de manifiesto y con una evidencia palpable, hoy más que nunca.

El emperador de los franceses trae la guerra, no a México solo, sino al continente americano.

Así lo ha comprendido el Perú y el Chile; así deben comprenderlo y lo comprenden también los Estados Unidos del Norte y las demás repúbli-

cas del continente, y México sólo sirve de ensayo y de puerta para que, una vez abierta, se siga entrando a lo que resta de este continente.

La causa de México es una causa continental. Al defender sus libertades se defienden las libertades del Nuevo Mundo.

La indignación que causan estos ataques y aquellas miras, y la conducta insolente y vandálica de los invasores, hará que los mexicanos unidos todos rechacen tan inicua invasión. Algunos a quienes sus pasiones de partido habían arrastrado a los campamentos del extranjero, seducidos por las palabras de independencia y de libertad, han comenzado a ver claro y han vuelto y vuelven todos los días a donde sus hermanos y la patria los llaman.

Que se laven de la mancha que quieren dejar caer sobre ellos esos franceses que hacen una guerra de salvajes a los pueblos indefensos, recordando, con sus hechos atroces sobre los ancianos, las mujeres y los niños, y con el incendio de sus habitaciones, la barbarie de esas guerras que los hombres del Norte llevaron en los primeros siglos de nuestra era sobre la Europa.

Al defender a México, no se defienden opiniones ni personas determinadas: se defiende la cosa más sagrada para todo hombre en sociedad, y en esto no caben mayorías ni minorías. Por algún tiempo y por más de una vez, una minoría ha dominado en esta capital, apoyándose en el representante del emperador de los franceses e invocando la protección de éste. Pero ese tiempo pasó para no volver jamás, y hoy no es una minoría, ni una parte, más o menos sana de ésta o de aquella raza la que se pone al frente de esta invasión: somos todos los mexicanos los que salimos a la defensa, y en vano se invocan, con procaz falacia, mayorías oprimidas, cuando se encuentra a una nación unida y unánime y se oye, por el medio de sus libres y legítimos representantes, su voz enérgica y soberana.

La patria en peligro nos llama a su defensa; hagámosla digna de la causa que se sostiene e imitemos la heroica conducta de los que fueron nuestros padres; que Puebla y el 5 de mayo sean otro *Baylén* y otro *Dos de Mayo* para nosotros, y que la lucha de España contra el primer Napoleón del año de 1808 al de 1814, nos sirva de guía y de modelo para la lucha que México ha comenzado contra Napoleón el III.

Es un axioma consagrado en la larga y sangrienta historia de las revoluciones del mundo, que los pueblos que quieren ser libres lo son; nosotros queremos serlo y lo seremos. Para ello es forzoso que defendamos nuestro ser político y el lugar que con su sangre conquistaron para esta patria independiente sus heroicos fundadores.

Esa defensa incontrastable llevada hasta el último extremo, la resistencia de todas maneras y agotando todos los recursos, el sacrificio de todo y de todos, de vidas y de bienes, sin atender a nada, ni detenerse por ninguna consideración secundaria; he ahí cuál es la intención y el espíritu que anima a todos y a cada uno de los representantes del ultrajado pueblo mexicano.

La firmeza en el propósito, sean cuales fueren los contratiempos o desastres que puedan sobrevenir; la perseverancia en el obrar y la unión de todos los ánimos, cooperando todos y de todas maneras, cada cual según la medida de su posibilidad, para obtener el resultado que se busca: he ahí cuál es la unánime opinión y el más vivo de los deseos de los mexicanos que representan en este Congreso a sus conciudadanos.

Unidos, seremos respetados; unidos sufriremos la suerte que nos estuviere deparada; unidos afrontaremos todos los peligros y soportaremos todas las desgracias; unidos triunfaremos al fin, y saldremos con honor y con gloria de una lucha que al par de no provocada, es el ejemplo de la mayor de las iniquidades que pueden registrarse en los fastos de la historia.

Salón de sesiones del Congreso de la Unión. México, a 27 de octubre de 1862.—*José González Echeverría*, diputado por el Estado de Zacatecas, presidente.—*Manuel Saavedra*, diputado por el Estado de México, vicepresidente.—*M. Bengoa, J. F. López, Rafael Dondé, Ricardo Palacio, Ramón J. González, Juan José Ramírez, Rafael J. Gutiérrez, B. Leyva, Carlos Santa María, Vicente López, B. Carballar, T. Gazca, Z. Guerrero, Antonio Quintanilla, F. Vallejo, José María Lozano, Guillermo Prieto, José Linares, Francisco Zarco, Alfredo Chavero, Antonio Carrión, José M. Marroquí, A. Garrido, Justino Fernández, Cayetano Gómez y Pérez, Pedro Santacilia, Manuel Zomera y Piña, Juan Saavedra, S. Guzmán, M. Riva Palacio, M. de Madariaga, M. Siliceo, Eпитacio del Raso, Eleuterio Avila, José L. Revilla, S. Lerdo de Tejada, Manuel F. Soto, Manuel de la Peña y Ramírez, Rómulo del Valle, F. M. de Olaguíbel, Agustín de la Peña y Ramírez, Antonio G. Pérez, V. Moreno, José M. Calderón, José Valente Baz, Francisco P. Gochicoa, F. Verduzco, Francisco de P. Cendejas, Juan J. Baz, Simón de la Garza y Melo, Luis Galán, Pedro Dionisio de la Garza y Garza, Ramón Castillo, T. Montiel, Florencio Ramírez, José Arteaga, Manuel Posada, José Inés Sandoval, I. Atristáin, José Guerrero, I. Pombo, G. F. Varela, Santiago Carreto, Juan N. Ibarra, Juan Suárez y Navarro, Pantaleón Tovar, Ignacio María de Aspiroz, F. Ibarra Ramos, R. G. Guzmán, Manuel María de Zamacona, P. Ampudia, Francisco de P. Villanueva, P. R. Gordoá, Ambrosio Espinosa, Mariano Torres Aranda, J. M.*

*Verástegui, P. Verástegui, A. Hernández, Bartolomé E. Almada, Manuel Gardett, Víctor Pérez, Francisco Hernández y Hernández, Miguel Huidobro González, J. M. Mata, Luis Guerrero, Marcial Aznar, B. Quijano, Pedro Contreras Elizalde, Agustín López de Nava, Ramón Talancón, Apolonio G. de la Cadena, R. Vázquez, Canuto Alvarez Tostado, José Rivera y Río, Felipe Buenrostro, Eduardo T. Arteaga, Luis Jáuregui, Blas J. Gutiérrez, Ignacio Ramírez, Gabino Barreda, José Díaz Covarrubias.—Félix Romero, diputado por el Estado de Oaxaca, secretario.—M. M. Ovando, diputado por el Estado de Puebla, secretario.—Joaquín M. Alcalde, diputado por el Estado de Guerrero, secretario.—Francisco Bustamante, diputado por el Estado de San Luis Potosí, secretario.*

Imprenta de Vicente G. Torres.

#### IV

### ALGUNAS PALABRAS ACERCA DE MR. WAGNER, MINISTRO DE PRUSIA EN MEXICO, POR EL C. IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO, DIPUTADO AL CONGRESO DE LA UNION.<sup>4</sup>

(5 de agosto de 1862)

No hace muchos días que un periódico extranjero muy autorizado ha venido a revelar: que Mr. Wagner, ministro de Prusia cerca de la República, en sus informes oficiales a cierto gobierno europeo, ha aventurado la aseveración de que la idea monárquica gana terreno a cada día en el pueblo mexicano, y de que se manifiestan en el país las más vivas simpatías en favor de la intervención francesa.

Semejante revelación quizá ha pasado desapercibida a los ojos del Gobierno Supremo; la prensa nacional nada ha dicho sobre el particular, siendo, como es, demasiado grave, a juzgar por las consecuencias que puede tener el dicho de un agente diplomático; pues lo general es que los gobiernos dan entero crédito a las relaciones de sus enviados, suponiéndolos, como deben ser, perspicaces en sus observaciones políticas y bien informados con respecto a los hechos que denuncian.

<sup>4</sup> Este folleto, y los dos siguientes, se encuentran, igualmente, en la Biblioteca del AGN. El impreso de Altamirano tiene 14 págs.

Los gobiernos europeos, pocas veces engañados por los sagaces y expertos ministros a quienes envían a las cortes de la misma Europa, hacen extensiva, por desgracia, su credibilidad, a los oscuros y miopes agentes que casi siempre mandan a la América española, y con particularidad a México, sin contar, como debían, con los cortos alcances de muchos de ellos, con su poquedad de inteligencia diplomática, con sus ruines pasiones de mercader o con su total ignorancia de nuestras cosas.

Y a fe que en esto, muy escasos andan en criterio esos gobiernos, pues debían buscar la razón del ascenso que merecen sus enviados, en la elección que de ellos hacen.

Sucede y las más veces, que un gabinete europeo escoge para representarlo en México, a un pobre y mezquino cónsul, que ha pasado toda su vida registrando defunciones, matrimonios y partidas de comercio en Argel o en la Martinica, o bien a un escribiente de una oficina subalterna, o a un noble sin camisa, escapado de Clichy. Con tales precedentes, no es fácil poseer, de luego, esa profundidad de cálculo que hace de un diplomático un augur, ni esa probidad que lo muestra como un caballero, ni ese conocimiento local que le familiariza con el país en que está acreditado.

Por otra parte, absurdo sería suponer que por el mero hecho de tener un diploma que han expedido con mano torpe el favoritismo, la beneficencia o la vanidad importunada, se debe creer al que lo recibe, revestido de la respetabilidad que sólo dan el talento, el saber y la práctica honrada de los negocios.

De ser así, confundiríamos neciamente en una misma línea a Santos Alvarez y al Conde de Reus con Sorela y con Pacheco, y a Sir Charles Wyke con Mr. Wagner, y adiós buen sentido entonces.

Por raro que esto parezca, tenemos el pesar de saber que algunos gobiernos europeos son víctimas de esta confusión, puesto que así dan crédito a las monstruosas relaciones de sus enviados. Entiéndase que no me atrevo a calificar del mismo modo a todos los ministros extranjeros; ni sería razonable, conociendo, como conocen mis compatriotas todos, la nobleza de sentimientos y la circunspección con que se han conducido, en otro tiempo, el Sr. D. Miguel de los Santos Alvarez y los señores Prim y Wyke en estos últimos días.

Pero lo regular es, que los ministros europeos desde que llegan a Veracruz, se constituyen nuestros tiranos, nuestros espías o los jefes de las conspiraciones conservadoras. Por no dejar, hasta D. Joaquín Francisco Pacheco, hábil jurisconsulto y no infeliz diplomático otras veces, según se cuenta, no hizo más que pisar el suelo mexicano, cuando se transfiguró,



eclipsóse su talento, aun se entregó al feo vicio de escribir impresiones de viaje falsas, y se vio por último, enredado en un *dédalo* de intrigas del que no logró salir, sino dejando en la República una memoria grotesca, y yendo a sucumbir en el senado español a los golpes de maza que le descaragara Calderón Collantes.

Pero prescindiendo de la cuestión sobre la aptitud o ineptitud de esos personajes, lo cierto, lo que presenciarnos es: que más apasionados y maliciosos todavía que torpes, algunos ministros europeos no vienen a nuestra República más que a fomentar con su influencia nuestros odios intestinos, a deturpar de un modo inicuo a nuestro pueblo, y todo por favorecer bastardas miras, o por hacerse interesantes para con sus gobiernos y aun para con los extraños.

Tarde o temprano se ha encontrado esta explicación siempre. El vizconde de Gabriac, que no tenía repugnancia en vender él mismo las lechugas y las zanahorias que cultivaba en el palacio de la Legación, que no tenía vergüenza de obsequiar con té claro a los concurrentes de sus bailes, deshonorando así las magnificencias del imperio francés, encompadraba con Santa Anna, y favorecía a Miramón por hacer su negocio.

Monseñor Clementi, el nuncio inútil que nos envió la corte de Roma, apoyaba a los frailes, porque era muy natural: él también participaba del opíparo banquete que por tanto tiempo se dio el clero en nuestra pobre patria. Además, las indulgencias, la concesión de oratorios, la absolución de enormes pecados reservados al papa, todo esto era una renta pingüe para el pobre monseñor, cuya persona vino oliendo a simonía de a legua.

El desventurado Sr. Pacheco, trabajaba por la reacción moribunda, porque creía tener mucho talento diplomático, y con sólo eso pensó inclinar de su lado la balanza nacional, para después ir a preconizar a España aquel prodigio de cálculo y de intriga. Verdad es, que también andaban en eso algunos prometimientos sobre la deuda española.

Mr. de Saligny, el digno Mr. de Saligny, nos ha conducido hasta esta situación, porque todo el mundo sabe que no es extraño a los honrados deseos de Jecker. Esto es evidente. Todos sus afanes tendían a hacer reconocer por el Gobierno Constitucional, los créditos contraídos por los rebeldes reaccionarios de México, a fin de que esto importase el triunfo ruinoso de aquel agiotista. Esto procuraba ya por las condiciones que propuso en la convención rechazada en marzo del año pasado, ya en sus reclamaciones subsecuentes, ya en fin, en todos sus hechos; y esto desea todavía, como el punto objetivo de la guerra actual.

Verdad es que en las mismas Tullerías hay quienes le sugieran esta conducta porque tampoco son extraños a este bellissimo negocio, por más que Mr. Billault se enoje de que la Europa lo sepa y diga que se calumnia.

Se ha visto, pues, por las razones indicadas ligeramente, porque extenderme más no es de mi propósito, que la conducta hostil que esos ministros extranjeros han guardado respecto de México, ha tenido una causa obvia en su sórdida ambición personal, en su afán de volver a Europa con algo más que sus apolillados títulos de nobleza. Pero, ¿cómo explicarnos hoy la que observa Mr. Wagner? ¿Acaso él también...?

No queremos creerlo. Es preferible suponer, que contagiado por el ejemplo de Saligny y quizás deseando hacer por su cuenta algún ruido para atraer sobre su modesta figura diplomática la atención europea, y no encontrando coyuntura para ello, pues nuestros negocios con la Prusia reducidos a recibir de esta nación alguna cerveza y baratijas insignificantes, no le ofrecían el campo que su ansiedad deseaba, ha creído encontrarlo por fin, con motivo de haber sido puestos bajo su protección por algunos días los súbditos ingleses y españoles, y en la actualidad los franceses.

Esta es una suposición ahora: el tiempo nos ha de descubrir el verdadero móvil de su hostilidad.

Porque ella se manifiesta de mil modos, porque Mr. Wagner no vacila en apelar a la calumnia, a la fábula, a la miseria de los maldicientes vulgares. Poco le importa que en México se le desmienta, con tal de que en Francia se le aplauda.

Si observamos su manejo desde que comenzó nuestro conflicto internacional, le veremos: primero, dirigir notas y más notas a nuestro Gobierno, redactadas en estilo altisonante, ya exigiendo se exceptuasen a todos los extranjeros puestos bajo su cuidado, de ciertos impuestos; ya apoyando las reclamaciones impertinentes de algún majadero, ya en fin, representando sobre cualquier friolerilla que se quedó tal, por más que con intención de agrandarla, soplara en ella el inteligente ministro.

Pero, como su más virulenta nota fue contestada con dignidad y energía por nuestro Gobierno, como éste sin amedrentarse por tener en frente al ejército invasor no se inclinó para nada ante Mr. Wagner; como por último, México ha demostrado en estos últimos tiempos, por ejemplo en mayo de este año, que está decidido a ver cara a cara a los que esperaban que iba a caer aterrado: el ministro de Prusia se ha contentado con hacer el elogio de los traidores, con ser el confidente de sus maquinaciones, y con enviar oficiosamente a Francia notas horrendas en las que calumnia villanamente al Gobierno mexicano, y en las que hace traslucir, como diji-

mos, su mezquina pretensión de atraer sobre su figura, hoy perdida entre las sombras de lo desconocido, las miradas de la Europa entera, fijas en la cuestión mexicana.

Así, hemos visto en periódicos extranjeros de bastante autoridad, que el agente prusiano no ha temido asegurar oficialmente, en sus informes, que la idea de una monarquía encontraba adeptos en la mejor sociedad de México, y que la intervención francesa era acogida con entusiasmo.

Pero todavía hay algo más grave, más inicuo. Vemos en los últimos diarios llegados de Francia por el paquete, en los oficiales como el *Monitor*, que el ministro Billault contestando al elocuente Jules Favre, en la sesión del cuerpo legislativo del 26 de junio, ha asegurado: que el ministro de una potencia amiga que presta un apoyo benévolo a los franceses en México, ha informado al Gobierno imperial, con frecuencia, acerca de nuevos crímenes cometidos por el Gobierno mexicano contra los extranjeros, añadiendo que los gobernantes de nuestro país habían dejado a un lado todo pudor y todo miramiento.

Este ministro, no es otro que Mr. Wagner.

Semejante calumnia es atroz en alto grado, porque a ser ciertos los hechos que supone, ellos solos justificarían la deslealtad de los comisarios franceses, la ruptura inopinada de las negociaciones y la resistencia de los jefes invasores para retirarse a Paso-Ancho, según los convenios de la Soledad.

Y adviértase, que precisamente con ese objeto adujo Mr. Billault el testimonio del enviado prusiano, pues tratábase de quitar de la frente del Gobierno francés esa negra mancha de villanía y de perfidia que los hombres honrados de la Francia ven con indignación y con vergüenza, y que un diputado generoso se atrevió a señalar, en presencia de toda la Europa y en nombre del pueblo francés, porque ciertamente, ese pueblo no debe ser responsable de las infamias que cometen sus tiranos.

Ahora bien: supuesto que Mr. Wagner es quien ha facilitado esa arma vil, nos toca a nosotros interrogarle en alta voz, en nombre del honor nacional herido por él, provocarle a que justifique aquí sus asertos o desmentirle a la faz del mundo, y abandonarle al fallo que sobre su conducta innoble, pronuncien los pueblos civilizados.

Que diga de dónde, y por qué ha inferido que el pueblo mexicano acoge con placer la idea de una monarquía y la intervención francesa. ¿Quién se lo ha dicho? ¿Qué acontecimiento se lo ha demostrado? ¿Qué oráculo popular consultado por él, le ha hecho semejante revelación?

¿Conoce Mr. Wagner de algún modo la ciencia política? Pues entonces, debe saber cuáles son en todas las naciones, los órganos verdaderos de la opinión pública. Y no es por cierto en la charla de un té íntimo, ni en un almuerzo, ni en las conversaciones apasionadas de un agiotista extranjero, ni en la miserable impaciencia de un traidor cobarde, donde se van a estudiar los deseos de una nación ni las opiniones sanas de una sociedad.

¿A qué congreso desconocido asistiera Mr. Wagner, que tan convencido se muestra? ¿Qué Estado, qué población, qué villorio siquiera que no esté bajo la presión de las bayonetas francesas, ha pedido un monarca o alargado sus brazos a los invasores? ¿En qué rincón de la República Mexicana no se ha escuchado un grito de ira contra el Gobierno francés? ¿Qué pueblo, por lejano que sea, no ha dirigido al ejército mexicano una mirada de simpatía y de gratitud, después que en los campos de Puebla supo quebrantar el orgullo de esos soldados del imperio que, preconizando sus ideas de libertad, de civilización, de grandeza y de generosidad, se creen con derecho para ultrajar a un pueblo libre, aunque desgraciado?

¿Cree acaso Mr. Wagner que habrá un digno hijo de esta patria que no esté pronto a sacrificar su vida por la independencia? ¿No ve el perspicaz diplomático que el pueblo pide armas, que los soldados se impacientan en el campamento, que aun nuestros hermanos emigrados en la Alta California se ofrecen a millares para venir a combatir por su país, que en las Repúblicas sud-americanas la juventud generosa no pide más que transportes para venir a derramar su sangre al pie de nuestras banderas, mientras que los ancianos compañeros de Bolívar y de San Martín organizan sociedades para dar el grito de alarma en todo el continente de Colón?

Pues qué, ¿piensa Mr. Wagner que se amenaza impunemente la libertad de América que ha costado ríos de sangre a sus valientes hijos? ¿Cree que se olvidan fácilmente tres siglos de esclavitud, de lágrimas y de miserias para poder hoy amar el antiguo yugo de la tiranía?

Quien así crea que el pueblo mexicano ha perdido la memoria de sus gloriosas tradiciones y de su antiguo odio a los déspotas, no abunda en discernimiento, no debe envanecerse de su previsión, no llegará a ser, sin duda, ni un Metternich, ni un Pitt, ni un Cavour, en toda su vida.

Pero ya se ve: existe en México, por desgracia, un pequeño círculo de traidores, lepra de todos los países invadidos, y este círculo es el que Mr. Wagner pretende hacer pasar en Europa, como el órgano de nuestra sociedad. ¡Qué horror!

En efecto, en la guerra actual, mientras que la nación entera se levanta indignada contra los invasores, sólo permanecen impasibles y aun desean la monarquía unos cuantos agiotistas extranjeros, como Jecker por realizar su ensueño desvergonzado; unos cuantos pretorianos famélicos, inútiles y cobardes, a quienes la ira popular arrojó de los festines del clero después de ser pisoteados; unos cuantos frailes impúdicos que esperan que la Francia les vuelva a ellos y a sus concubinas las cosechas del fanatismo, para recomenzar las saturnales de los antiguos conventos; unos cuatro o cinco nobles cuya casa solariega está en las tabernas, en los garitos y en las ladroneras, pero que piensan ser duques o marqueses del imperio francés; y por último, un número más grande, es verdad, de viejas parásitas del clero.

Este es el órgano del pueblo mexicano, según Mr. Wagner; estas sabandijas son las que suspiran por un rey; éstos son los únicos aliados que tendrán en México esos soldados franceses, que peleando por la libertad en Italia, hallaron a su lado a Víctor Manuel y a José Garibaldi.

Esta es la parte sana que tanto ha impresionado a Mr. Billault por los informes de Mr. Wagner, y a la cual el generoso y elocuente Julio Favre ha calificado tan bien, relegándola al desprecio del mundo entero.

¡Oh, Mr. Wagner! ¡Mr. Wagner! ¡Haciéndoos el panegirista de semejantes reptiles, os estáis perjudicando en vuestra buena reputación!

Si el ministro de Prusia ha creído que Márquez, Vicario, Gálvez y esos otros traidores que se han reunido a los franceses, son los órganos de la nación mexicana, no sólo sería poco cuerdo, sino que abordaría el ridículo. ¿Qué significa un puñado de asesinos y de truhanes asquerosos, que el pueblo mexicano arrojó de su seno y relegó a los bosques, que toda sociedad civilizada arrojaría también porque es una podredumbre insupportable? Vistos con horror por todas partes, perseguidos sin cesar hasta en sus guaridas, espantados del odio que provocaran sus crímenes, huyendo despavoridos siempre delante de los soldados del pueblo, sin esperanza de triunfo, sin otro porvenir que el del patíbulo o el de los presidios, estos hombres, estos monstruos se fueron a reunir a los franceses, como podrían haberse reunido a las fieras, por saciar su sed de sangre y de exterminio, por alentar su cobardía, por ayudar al extranjero a destrozar a su patria, único crimen que les faltaba, único placer infame que no habían saciado.

¡Vergüenza eterna a las banderas que les dan asilo!

¡Sí! Que la Francia extraiga del suelo mexicano ese fango inmundado para manchar sus pabellones. Ella será quien tenga el trabajo difícil de

lavarse de él, ella será quien sufra los menosprecios de los pueblos honrados.

Volvamos a Mr. Wagner.

En cuanto a las denuncias que ha hecho al Gobierno francés acerca de los nuevos crímenes cometidos por el Gobierno mexicano, poco debe hablarse, no hay necesidad de decir a Mr. Wagner más que estas palabras, que si es delicado escuchará: "Enumerad esos hechos, probadlos, indicad siquiera cuáles son, ¡o mentís!".

El sabe perfectamente, que antes bien estamos pecando de tolerantes, y que no hay pueblo alguno que estando en guerra con una nación cuyo gobierno ha procedido con deslealtad, cuyo ejército haya cometido hechos piráticos, enriquezca, mime y considere tanto a los hijos de ella, que pudo expulsar, usando de su derecho.

Quizás por esta tolerancia, aún no hemos puesto coto a las inconveniencias del mismo Mr. Wagner, sobre el cual debe llamarse de nuevo la atención del Supremo Gobierno.

No es discreto dejarle en la senda de Pacheco y de Saligny, pues este disimulo siempre nos ha acarreado males de consecuencia. En los días de Zuloaga y de Miramón, Mr. Gabriac, Monseñor Clementi y el embajador español conspiraron abiertamente en favor de aquellos dos facciosos, y contra la nación entera que reconocía al gobierno legítimo de Veracruz. Vino éste a México, y el Sr. Ocampo, ministro entonces de Relaciones Exteriores, se mostró digno, dando sus pasaportes a los que así habían cambiado su carácter diplomático por el de revolucionarios en un país que no era el suyo.

Porque es lo justo; cuando un ministro extranjero conspira de este modo, traslimitando el círculo de sus derechos y prerrogativas, y violando las leyes sagradas del Derecho de gentes, el gobierno a quien daña está en su perfecto derecho de expulsarle de su territorio. Este es un axioma reconocido y confirmado por numerosos ejemplos históricos.

Dejarle, contemplar en silencio su conducta cuando ella consta de un modo cierto, es aprobar tácitamente sus calumnias y tener en poco la dignidad de la nación.

De todas maneras y a pesar de los buenos deseos de Mr. Wagner, él puede estar seguro de que lejos de suspirar México por la monarquía y por la intervención, sabrá defender su independencia, y de que no es improbable todavía que dé una lección más severa aun a los soldados del

déspota francés, porque, aunque nuestras tropas no sean veteranas, aunque estén sujetas a las privaciones, aunque no sean iguales en antecedentes militares a las tropas francesas, defienden la libertad de su patria, y cuando esto sucede, los pueblos hacen milagros.

Que lo diga la Prusia que aún se avergüenza de Valmy.

México, agosto 5 de 1862.

*Ignacio Manuel Altamirano.*

Imprenta de Vicente García Torres. 1862.

## V

### CIRCULAR DIRIGIDA A LOS CC. GOBERNADORES DE LOS ESTADOS POR EL MINISTERIO DE RELACIONES Y GOBERNACION, EXPONINDO EL PROGRAMA QUE SE PROPONE SEGUIR EL MINISTERIO <sup>5</sup>

(29 DE AGOSTO DE 1862)

Ciudadano Gobernador:

Con el ingreso del C. Higinio Núñez al Ministerio de Hacienda, y del que suscribe al de Relaciones Exteriores y Gobernación, la crisis ministerial ha concluido, y la gestión de los negocios de Estado ha vuelto a ser ejercida por el número de ministros que nuestras leyes establecen.

El pueblo mexicano, que olvida los inmensos desastres de sus guerras civiles para lanzarse contra sus injustos invasores, tiene más títulos que nunca para conocer a fondo los principios, la disposición de ánimo, y el comportamiento de los hombres que en los días de peligro llevan las riendas del Gobierno. Por otra parte, en una situación, la más grave a todas luces y la más delicada entre cuantas describe nuestra historia, hubiera sido muy temible que el silencio de la administración, después de la novedad que acaba de modificarla, se interpretase de un modo siniestro, no sólo por la malignidad y ligereza, sino hasta por el patriotismo impaciente y desorientado. De este modo se quebrantaría tal vez la con-

---

\* México (Imprenta de Vicente García Torres), 1862, 16 págs.

fianza de la nación en la lealtad del Poder Ejecutivo; mal enorme por cierto, y que sólo podría llenar de satisfacción al déspota ambicioso que nos ha enviado el azote de la guerra, y a los traidores que favorecen sus miras abominables.

En fin, la aspiración de los ministros al aprecio de sus conciudadanos, es demasiado noble y demasiado grande para que pudieran ellos decidirse a satisfacerla ocultando al público sus intenciones y sus actos, ni resignarse a verla frustrada, porque esa misma falta de franqueza hiciera prevalecer la calumnia sobre la verdad. Así, pues, el C. Presidente no ha querido que yo anunciase a Ud. la nueva provisión de dos Secretarías de Estado, sin añadir un resumen del programa que se ha servido aprobar, y que los ministros se proponen seguir y desenvolver, mientras los sostenga en sus trabajos la opinión del país y la confianza del mismo Presidente.

El Gobierno llenará el primer objeto de su institución y satisfará el primer voto de la República, desplegando la mayor actividad y energía para repeler al invasor extranjero que ha profanado el suelo de la patria con abierta violación de los tratados, y con ultraje a la independencia de las naciones, que es la base en que descansa todo el derecho de gentes.

Tuvo a bien el Congreso de la Unión conceder al Ejecutivo el cúmulo de facultades necesarias para llevar a buen término esta empresa eminentemente nacional. La actitud vigorosa que por esta concesión ha tomado el Gobierno, podrá muy bien excitar la irritación de nuestros enemigos exteriores y domésticos, pero no infundir alarmas a los amantes sinceros de las instituciones libres; porque ellos saben perfectamente que una dictadura transitoria creada para salvar la patria de peligros tan serios como los que hoy amenazan nuestra autonomía y nuestras libertades, no sólo es un recurso evidentemente constitucional para nosotros, sino que ha sido empleado por las repúblicas antiguas y modernas, aun las más imbuidas en el espíritu de la democracia. El mismo Washington pidió para sí la potestad de imponer silencio a las leyes en un grave conflicto de su patria; y no es lógico, en verdad, confundir la dictadura que sirve con lealtad a un pueblo, con la que exacerba y complica sus males; la beneficiosa del general Guerrero, por ejemplo, con las funestas de Santa-Anna, que atrajeron sobre la Nación tantos desastres y tanta ignominia.

En el estado a que han venido nuestras cosas, el poder adicional confiado a la administración, es para la República y para el mismo Gobierno una dolorosa, pero imprescindible necesidad; y he dicho que es tal para el Gobierno, porque así el Magistrado de la Nación como sus Minis-



tros, querrían sinceramente que no se interrumpiese jamás la práctica de las instituciones populares, tan preciosas para la República, no sólo por su gran mérito, sino por los grandes sacrificios que le ha costado plantearlas.

Pero su interrupción ahora, es un sacrificio de más para preservarlas del abismo a donde indefectiblemente las precipitaría el príncipe que intenta sojuzgarnos. El día más fausto para el Gobierno será aquel en que pueda anunciar al Congreso y a la Nación toda, que el común peligro ha cesado, y que el orden regular de la Constitución queda ya plenamente restablecido.

Pero hasta entonces no sería patriótica la abdicación de este poder. La Nación, que lo ha levantado y lo sostiene con su pujante apoyo, no puede interesarse en que se abata y muera; pero ella tiene, sí, el derecho de esperar que sus servidores, distinguidos con una confianza que no puede ser más grande en su comprensión, ni más sagrada por su objeto, velen sin descanso en la aglomeración de elementos poderosos a destruir el inminente peligro en que nos ha puesto la iniquidad. La Nación quiere que en todo lo relativo a sus libertades y a sus recursos, el poder concedido al Gobierno para afectar las unas y los otros, se ejerza en todo lo necesario, y nada más que en lo necesario, para salvar la Independencia, la Constitución y la Reforma. En una palabra, la Nación quiere que la guerra se haga con vigor, y que los medios para ello escogitados, envuelvan el menor sacrificio posible, ya sea en el orden político, ya en el material.

Así comprende el Gobierno las tendencias de la opinión, y las satisfará cumplidamente. Si él deja de obrar por desidia o por temor, si cede un solo instante a los consejos de la ambición, que sería una infidencia incalificable; si se complace en halagar aspiraciones de mala ley; si se entrega a la insensata manía de hacer innovaciones por capricho y por mera ostentación de su poder discrecional; si, en fin, conserva este poder un solo día más, después que la patria nada tenga que temer de sus enemigos, entonces merecería, con sobrada razón, que la República le retirase su confianza. Mas cuando todos los Ministros creen haberse preparado dignamente para servir a su patria, haciendo el propósito de sacrificarle su reputación y sus vidas, como cumple a buenos mexicanos, pueden asegurar al país que en la administración de la cosa pública jamás podrá imputárseles falta de energía, de celo, de justificación y del más puro patriotismo; y se creen por esto con algún derecho para pedir al pueblo mexicano que no vea con prevenciones desfavorables la existencia pasajera de un poder que sólo se ha hecho grande por el Congreso Nacional, para ponerlo a la altura de nuestra amenazante situación.

Mas, aunque no podrá dirigirse al Ministerio el reproche de cobardía ni depravación, puede él sin duda cometer errores, que sin embargo, evitará con todas sus fuerzas, tomando por guía el excelente juicio del pueblo, y siguiendo sus inspiraciones con tanta más fidelidad, cuanto que un grave desacierto de la administración sería para ella verdaderamente deplorable, no porque envolvese su desgracia política, sino por la influencia perniciosa y tal vez irreparable que ejercería esa falta en los destinos de la Nación.

Si en esta inteligencia la República prosigue favoreciendo la acción del Gobierno con su omnipotente cooperación, haremos una defensa digna de colocarse junto a las hazañas de nuestros padres, y evitaremos que la independencia y la libertad conquistadas por ellos, merced a una dilatada y heroica perseverancia, se pierdan en un momento por nuestra miseria y cobardía, lo cual sería para México indigno y funesto sobre toda ponderación.

Lejos del Gobierno la aspiración de separar su causa de la causa del pueblo y de marchar ni un momento sin el apoyo del espíritu nacional. Una grande y copiosa enseñanza encierra nuestra historia sobre la influencia de nuestras instituciones en la suerte de nuestras armas. Al verificarse la desastrosa campaña de Texas, nuestra democracia estaba vencida y duramente humillada, mientras las que entonces eran altas clases satisfacían ampliamente su orgullo y todas sus pasiones, despreciando al pueblo y a su propia institución. Dominaba este inmenso desorden el hombre fatal cuya desmesurada ambición corría parejas con su bien probada ineptitud. En 1846 no teníamos todavía de federación más que el nombre, y asolada la República por la herencia terrible del régimen unitario, se encontró pésimamente prevenida para rechazar a sus invasores. Para colmo de infortunio se abandonó en manos del mismo jefe malhadado la organización de nuestros ejércitos, cuya corrupción fue imposible que superasen los muchos valientes que combatieron en sus filas.

De aquí dimanaron nuestras desgracias en el interior y nuestra difamación en el extranjero; la memoria de aquellas infaustas guerras ha perjudicado atrozmente nuestras relaciones internacionales. En relieve está el contraste de esas épocas luctuosas con el año memorable de 1829, y más con el de 1862. ¿Existen hoy por ventura nuestras clases orgullosas y prepotentes? ¿Está el pueblo degradado? ¿Quién tendrá la loca ambición de tiranizarlo? ¿Qué ejército hemos visto más aguerrido que el de Oriente? ¿Qué jefes y oficiales más probados que los suyos? ¿Qué caudillo más republicano que su general? ¿Y en qué se parecen nuestros días de amargura al espléndido 5 de Mayo? Nada, por cierto, hay de común entre estás

situaciones y las que ofreció el centralismo, a no ser la dictadura; pero la actual, como la de 1829, sabe que fue creada por el pueblo y para el pueblo, al cual se une con franqueza, y del cual recibe la más entusiasta cooperación.

Todos los medios que el derecho de gentes y la práctica de las naciones reconocen como legítimos en los beligerantes, serán empleados por el Gobierno en justa defensa de la República; y de la misma manera, todos los esfuerzos, todos los sacrificios que puedan ser aconsejados por el amor a la patria y por la dignidad de un pueblo libre, serán realizados en esta nación, para repeler a sus enemigos. El peligro es grande y grandes tienen que ser nuestros hechos para sobrepujarlo. Pero jamás emplearemos la fuerza para cometer una monstruosa iniquidad como los que han enviado sus legiones para restaurar en México el caduco principio de la intervención en el gobierno de naciones extrañas; ni usaremos del dolo cobarde con que nuestros enemigos estipularon y rompieron tratados solemnes para lograr con malas artes ventajas que no pudieron adquirir en buena guerra.

Se promoverá con actividad la celebración de tratados de alianza con las naciones que México debe considerar como hermanas, y cuyos habitantes muestran de mil modos las simpatías más ardientes por el triunfo de nuestra causa.

Se procurará también esforzadamente el acuerdo de esas naciones para llevar a cabo el gran pensamiento de una confederación americana, que acrecentará la fuerza y respetabilidad de las repúblicas establecidas en este hermoso continente, y calmará las tentaciones de predominio sobre él, a veces demasiado bien obsequiadas por algunos gobiernos del Viejo Mundo y sus agentes. Pues si a esta gran confederación se diese por vínculo de alianza y base de consistencia una asamblea internacional, en cuyo seno hubiesen de discutirse y terminarse las desavenencias que entre las partes contratantes aparecieran, podrían estas repúblicas enorgullecerse de una institución que comenzaría y adelantaría mucho la obra de la confraternidad de las naciones sobre la firmísima base del derecho establecido por sus pactos, quedando así relegado el bárbaro uso de la guerra. Novedad sería ésta no más extraordinaria que la erección y autoridad de los tribunales para dispensar a los hombres la justicia, que ellos libraron en el trance de los duelos y de las guerras privadas durante los siglos tenebrosos de la Edad Media. La autoridad del congreso americano sería mucho mejor que el recurso a los arbitrajes, difícil a veces, desnudo de garantías, y tan estéril hasta hoy, no obstante haberlo recomendado el último Congreso de París, que a muy poco tiempo de publicada esta declaración, se negó al Portugal aquel medio pacífico para arreglar una

desavenencia que tenía con el gobierno francés, porque Napoleón III le hizo notificar que la Francia sola era juez de su honor. Singular honor que hoy demanda nuestra ruina para satisfacción del ultraje que le hicimos defendiendo en los campos de Puebla nuestra independencia.

En los tratados que regulan nuestras relaciones con las potencias amigas, no abandonará un instante el actual Gobierno la disposición de observarlos religiosamente y la de procurar por todos los medios posibles que se guarden aquellas de sus estipulaciones que favorezcan a la República. Por supuesto que nuestra buena voluntad no puede alcanzar a ninguna de las estipulaciones concernientes a la Francia, que hayan debido perder su vigor en virtud del estado de guerra entre aquella potencia y esta República. En cuanto a lo demás, como nunca hemos tenido ni la más remota aspiración a emplear en nuestras relaciones con los gobiernos extranjeros una política ambiciosa y ultrajante; pues antes bien podríamos reprocharnos en este punto una condescendencia que ha solido alentar pretensiones cada vez más exageradas; resulta que en todos los negocios relativos al derecho internacional, público y privado, debemos ceñirnos a cumplir con exactitud nuestros deberes, y a rehusar inflexiblemente prestaciones injustas y contrarias al bien del país. En la cuestión que tan dignamente sostiene ahora la República, ella debe estar perfectamente segura de que suceda lo que sucediere, jamás hemos de celebrar una paz inicua y deshonrosa.

El mantenimiento y pago de nuestras fuerzas y las demás atenciones de la defensa nacional exigen abundantes recursos que el Gobierno se proporcionará por todos los medios de que pueda disponer, sin cegar las fuentes de nuestra riqueza; y está seguro de que la Nación fecundará con su apoyo estos esfuerzos, porque sabe ella muy bien que se debe a sí misma el tomar una actitud imponente para lograr mayores probabilidades de resistencia en la guerra, y para concluir al cabo una paz que de otro modo no había de serle ventajosa.

Todas las libertades, todos los intereses legítimos alcanzarán del Gobierno la más franca protección, que no será menoscabada sino en lo que claramente requiera la sagrada empresa que la Nación ha acometido. Así también, y con esta sola salvedad procurará el Gobierno que todos los ramos de la pública administración sigan su curso natural y aun progresivo.

El Gobierno agitará empeñosamente como hasta aquí, la reunión del Congreso General, porque ahora menos que nunca puede convenir que falte de la escena política la primera de nuestras potestades, con lo que daríamos a entender que la invasión extranjera comenzaba ya a desquiciar nuestro régimen interior. Además, el Gobierno desea con ardor subordinar su

marcha a las autorizadas inspiraciones de los representantes del pueblo, darles entera cuenta de sus actos, provocar las deliberaciones que la cosa pública demandare, y merecer de su ilustrado y concienzudo juicio la confianza que necesita para corresponder a la noble aspiración del país.

Las declaraciones de sitio que han interrumpido el orden regular en algunos Estados, serán revisadas ahora con un espíritu profundamente liberal, y no se sostendrán ni se dictarán de nuevo estas medidas excepcionales, sino cuando por otro camino sea imposible obviar a los peligros de la proximidad y presencia de las fuerzas invasoras, y de las que se han hecho aliados suyos traicionando a la patria; calmar las violentas discordias de algún Estado; o vencer la desobediencia de algún gobernador a las órdenes del Presidente, que no consentirá en que su poder constitucionalmente ampliado quede miserablemente escarnecido, cuando por la voluntad de la Nación y por la naturaleza misma del peligro que la amaga, la voz que la representa debe ser pronta y generalmente obedecida. Pero se cuidará siempre de que el estado de sitio no dé margen al ejercicio de otras facultades extralegales, que las muy precisas para mantener la paz, y lograr que las poblaciones respectivas cooperen como todas las otras a la defensa de la Nación. Por último, la providencia que acaba de tomarse respecto al estado de sitio en Tlaxcala, es un indicio seguro del sistema que en estos negocios ha de seguir la presente administración. Grande y profundo es su respeto a las franquezas de los Estados en su capacidad política, sabiendo que esos diversos focos de acción conservan en la República la libertad y la vida cívica, imposible de otro modo en un territorio tan vasto como el mexicano. Pero no puede llevar ese respeto hasta un grado que comprometa la existencia y la honra del país, y por de contado esa misma forma federativa, que sólo aceleraría su extinción traspasando sus lindes naturales, quiero decir, los fijados por el pacto nacional, en cuya virtud se ha robustecido la acción del Gobierno.

El buen juicio de la Nación y el excelente espíritu de que está poseída, infunden al Gobierno la confianza de que muy pocas veces será necesario dictar órdenes coercitivas; y está seguro de que su apelación al pueblo continuará produciendo la cooperación espontánea de los mexicanos.

En todo lo que sea útil, en todo lo que sea patriótico, la libertad de imprenta y el derecho de reunión serán perfectamente favorecidos, para que estos poderosos agentes contribuyan al triunfo de la causa nacional.

Pero los hombres patriotas e ilustrados comprenderán que en los tiempos de guerra como el actual, no es posible dejar de precaver y reprimir con eficacia y celeridad las manifestaciones favorables al enemigo, y las

diatribas virulentas contra la autoridad que emana del pueblo. En lo demás, la oposición patriótica, razonable y templada que ilustra sin ultraje y sin escándalo, en vez de ser perseguida, excitará la gratitud del Gobierno general, que cifra toda su satisfacción en el acierto.

La situación exige imperiosamente que no se use de clemencia con los traidores. El Gobierno tomará las providencias convenientes para que no sea posible la repetición de esa negra y pérfida ingratitud manifestada por los hombres que habiendo combatido la Libertad y la Reforma, volvieron contra su patria las armas que generosa les confiara para sostener su Independencia.

Las bandas de latro-facciosos, reliquias de la reacción y aliadas de la Francia, que han coronado sus crímenes con el mayor de todos ellos, serán vigorosamente perseguidas y exterminadas, y se procurará la aprehensión y severo castigo de sus cobardes fautores que cooperan solapadamente a la devastación y deshonor del país.

Por el extremo opuesto, mostrará el Gobierno una especial predilección hacia nuestro inmortal Ejército de Oriente y los bravos guerreros que siguiendo su alto ejemplo, dieran testimonios de valor, de la abnegación, y de todas las virtudes eminentemente republicanas.

La Reforma será sostenida y desarrollada en el sentido de la democracia y del principio luminoso de independencia entre las cosas de religión y las del Estado. Los abusos que han ido asomando serán corregidos con mano fuerte, y el influjo de los sacerdotes de cualesquiera cultos será ceñido a las cosas de su ministerio, sin causar la más leve molestia al público, ni embarazar en nada los actos de la vida civil.

Tales son las bases más principales de la política que la administración estima conveniente en la difícil situación de la República.

El Gobierno tiene la más perfecta confianza de que la República se salvará, porque mira todos los días de cuánto es capaz esta Nación magnánima; porque está seguro de que ella no se dejará engañar por las arterías de un príncipe que ofreciendo su amistad a México, le hace una guerra inicua en su objeto y en sus medios, y que protestando su respeto al voto de la Nación amenaza destruir al Gobierno emanado precisamente del sufragio universal, como si no se reflejara en este Gobierno la majestad del pueblo mexicano, o como si el poder que ejerce por la voluntad libre del país, fuera el galardón de hazañas pérfidas y sangrientas. No han mandado sus legiones a la República sino para conseguir que la satisfacción de la gloria militar impida a la grande y simpática Francia sentir el peso abrumador de una tiranía insólita. Pero Napoleón III no

ha llegado ni llegará jamás a la altura de poder que el emperador su tío, y si este hombre extraordinario sucumbió arrollado por el odio universal, tenemos una prueba irrefragable de que el genio más sublime es impotente para hollar largo tiempo los fueros de la justicia y la libertad de las naciones. El emperador de los franceses ha entrado en la vía de la intervención, igualmente funesta para la Francia, bien como agresora, bien como víctima.

Contamos con la aprobación y las simpatías del gran partido liberal, no sólo en América, donde tenemos comunidad de intereses, sino en Europa también, donde sólo tenemos de común el sentimiento de la justicia. En la misma Francia oprimida se ponen de nuestro lado todos los hombres de honor o distinguidos por su saber, que no han sido contaminados por el influjo corruptor del gobierno imperial. Los aliados mismos de la Francia le abandonaron desde que pudieron comprender los designios injustificables del príncipe, que por su furiosa sed de dominación, por el profundo desprecio a los tratados, y por su sistema de intervención política, es y debe considerarse por todos enemigo del género humano.

Aún hay otro motivo que debe fortificar el espíritu de la Nación en esta contienda tan noble y justa por parte de ella, y es la memoria de los prodigios que hicieron nuestros padres en su cruenta lucha contra el gobierno colonial. No estaba la fuerza de España en algunos lugares de nuestro territorio, sino en todos ellos, en la administración, en la milicia, en la familia, en todas las tradiciones, en todas las ideas reinantes; y sin embargo, ellos combatieron este coloso de tres siglos y de mil pilares, y no dieron punto a su grandioso empeño sino cuando hubieron redimido su patria y convertido en gloria inmensa su inmensa afrenta y desventura. Gracias al heroísmo y a la admirable constancia de aquellos hombres eminentes, y gracias también a las numerosas legiones del pueblo, que al cabo de una revolución terrible dilató su libertad y estableció la Reforma, esta nación es ahora más fuerte y poderosa que en ninguna otra época de su existencia; ella sabrá multiplicar sus sacrificios para conservar intacta la herencia de nuestros mayores; con ello merecerá ser saludada como el antemural de la América Latina; y llenará la expectación del mundo, continuando la magnífica tradición de las repúblicas triunfantes en sus guerras con los déspotas más poderosos.

Tenga Ud. a bien dar publicidad a esta nota, y admitir las seguridades de mi distinguida consideración.

Libertad y Reforma. México, agosto 29 de 1862.

*Fuente.*

## VI

### DISCURSO PRONUNCIADO POR EL C. LIC. JOSE M. IGLESIAS EN LA ALAMEDA DE MEXICO, EL 5 DE MAYO DE 1863 <sup>o</sup>

#### Conciudadanos:

Cuenta la historia que acusado el gran trágico Sófocles de imbecilidad por su desnaturalizado hijo Jofon, a fin de que se le pusiese en curatela, se presentó un día ante sus jueces, y por todo defensa leyó el "Edipo en Colona", una de esas obras maestras que han atravesado los siglos, recogiendo en su tránsito aplausos y coronas. Asombrado el tribunal con la sublimidad de aquella producción, falló desde luego a favor del hombre de genio, que así pulverizaba una acusación absurda.

También México ha tenido hijos desnaturalizados, que han ido a presentarlo ante las cortes extranjeras como entregado a la anarquía, declarándolo incapaz de regeneración, a no someterse a la tutela de gente más civilizada. México entonces se ha presentado ante el gran tribunal de la opinión pública, donde se debaten los procesos de las naciones, a exhibir, como el célebre poeta ateniense, las obras que dan testimonio del derecho con que defiende su autonomía. Figuran entre ellas: la Constitución de 1857, en que se consignaron ideas luminosas especialmente respecto de los derechos del hombre; las Leyes de Reforma, paso avanzado en la senda del progreso, que pueblos reputados por más cultos no se han atrevido a dar todavía; las contiendas diplomáticas, en que ventajosamente ha luchado la habilidad y lealtad de los agentes mexicanos, con la torpeza o perfidia de los ministros extranjeros; el patriotismo de la República entera, cuyos inmensos sacrificios para poner un dique a la invasión, son el más elocuente mentís a los que la suponían intervencionista o impotente; el heroísmo, en fin, con que los valientes defensores de la independencia demuestran en los campos de batalla que la nación es digna de su disputada soberanía. Esos títulos, respetables bajo todos aspectos, son nuestro Edipo; ¿qué tribunal se atrevería hoy a fallar en contra nuestra?

Entre los méritos que acabo de recordar, se enumera el de nuestras ya envidiables glorias militares, hijas todas de la decisión, de la fe, con que el memorable 5 de Mayo de 1862 desafió un corto ejército mexicano, sin ventaja de posición, ni de número, ni de ninguna especie, a los esclarcidos guerreros que habían alcanzado fama universal, en el Alma y en

<sup>o</sup> México (Imprenta de Vicente García Torres), 1863, 14 págs.



Sebastopol, en Magenta y Solferino. Regocijémonos en lo íntimo de nuestros corazones por la feliz vindicación obtenida en aquel día memorable, en aquel día glorioso, en aquel día del que podemos decir, a semejanza de los romanos, que debe ser *albo notanda lapillo*.

Hoy venimos a congratularnos con su venerado recuerdo, a renovar las emociones, sentidas pero inexplicables, del júbilo con que levantamos la frente al eco del triunfo, sintiendo que podíamos ya llevar por todas partes erguida la cabeza. Habíamos sido el ludibrio del mundo: nadie en lo sucesivo se atreverá a burlarse de México.

Hoy es el aniversario de la derrota de Lorencez: por primera vez se celebra esta patriótica solemnidad, que se repetirá de año en año, mientras dure la existencia de la nación mexicana. Las circunstancias de la época vienen a dar más animación, a llenar de vida, por decirlo así, a lo que sería de otro modo un recuerdo histórico menos conmovedor. No nos parecemos hoy a esos ancianos, encanecidos en el servicio de las armas, que cuentan en el hogar doméstico, al amor de la lumbre, las ínclitas hazañas de su pasada juventud; nos asemejamos, sí, a esos guerreros indómitos, que entonan el canto marcial, el himno de triunfo, en lo más recio de la pelea. Las detonaciones del cañón que sonó el 5 de Mayo de 1862 se reproducen ahora, casi en el mismo sitio. ¿No las oís? Ellas, más que mis humildes palabras, renuevan las sensaciones que cuentan ya un año de duración.

No olvidemos, en efecto, ni por un instante, que mientras en todo el ámbito del país se solemniza con salvas y repiques, con discursos y poesías, este fausto aniversario, en la ciudad de Zaragoza se glorifica con acciones sangrientas, en las que habrá, como en las anteriores, episodios dignos de la epopeya. Confundamos por gratitud y por justicia a los vencedores del 5 de Mayo con los denodados defensores de Puebla, victoriosos también en asaltos memorables, y heroicamente decididos a triunfar definitivamente o a perecer en la demanda. ¡Gloria a unos y a otros, conciudadanos!

Hagamos más todavía: formemos un solo todo de las dichas de lo pasado, de las inquietudes de lo presente, de las esperanzas de lo porvenir; entrelacemos la memoria de lo que fue, con la ciencia de lo que es, con el presentimiento de lo que será. La buena causa ha salido hasta aquí victoriosa, a pesar de los mil obstáculos que ha necesitado arrollar, algunos de los cuales se presentaban como insuperables. ¿Por qué no confiar en el feliz desenlace de la cuestión, cuando con tan buena ventura hemos andado ya la mayor parte del camino? Sí, sí, el triunfo será nuestro. Una resistencia como la que está haciendo la República, es por necesidad invencible. La he-

roicidad de la defensa abreviará el período de la tribulación. Quedará firmemente consolidada la soberanía nacional, y consignados en la historia, con profusión asombrosa, hechos gloriosos, dignos émulos de los que ilustran la memoria del venturoso 5 de Mayo.

Un triste recuerdo viene, sin embargo, a nublar el contento de esta fiesta nacional. El héroe, cuyo nombre irá siempre enlazado con el triunfo de nuestras armas en aquel día, ha desaparecido ya de entre nosotros. Murió en la flor de su edad, llorado por todos los buenos mexicanos, rodeado de una aureola de gloria que adquirirá más brillo con el tiempo. Pasó por nuestro suelo como un meteoro deslumbrador: su existencia fue breve, borrascosa, benéfica; bendita sea mil veces su memoria.

A su lado duermen ya otros bravos campeones, caídos también en defensa de la patria. Pocos son conocidos: los más forman una legión de mártires innominados, y no han legado a la posteridad esa herencia de sus nombres, que constituye la vida de los muertos. Mas no por eso deja de ser envidiable su suerte, que no es la vanidosa fama terrenal, sino la satisfacción íntima del cumplimiento del deber, lo que forma la verdadera grandeza humana. ¿No fueron mártires del cristianismo los oscuros soldados de la legión tebáica? También lo son de la patria los modestos ciudadanos que han sucumbido por ella en el Ejército de Oriente.

Su ejemplo no ha sido estéril. De toda la República, como ríos salidos de madre que corren hacia el mar, sin que haya obstáculo bastante poderoso para detener su curso, acuden al teatro de la guerra masas de mexicanos patriotas, surcando mares, atravesando desiertos, bajo un sol de fuego, agobiados de fatiga, llenos de privaciones. Llegados a su destino, todo lo olvidan al frente del enemigo extranjero: salud, familia, bienestar, desaparecen ante el peligro de la patria. Sufridos en los trabajos, son terribles en los combates. La invasión francesa se estrellará en ese muro de carne humana.

¡Qué horrible contraste forman con esos buenos patricios, los pocos traidores, auxiliares del invasor! Si la indignación provocada por sus crímenes no reclamara un ejemplar castigo, no nos infundirían más que el desprecio con que se ve a los seres degradados. Objeto son ya de una execración universal, el asesino Márquez, el traidor Almonte, el tres veces tráfuga Gálvez, el fariseo Miranda y todos sus dignos compañeros. Suponed por un momento a esos parricidas, no próximos como lo están a sufrir la pena de sus maldades, o a ir cuando menos a ocultar en lejanos países su vergüenza y sus nombres deshonorados, sino, por el contrario, triunfantes, después de haber, a semejanza de Caín, asesinado a sus hermanos; suponedlos entrando a esta capital con sus amos los franceses, estableciendo un gobierno de bur-

las, mientras llega el príncipe extranjero de quien aspiran a ser lacayos y caballerizos. ¿No es verdad que bajo ese aspecto os parecen todavía más despreciables? ¿No es cierto que todo mexicano de corazón bien formado, preferiría la miseria, el hambre, la proscripción, la muerte, al triunfo farfúrica, a la ignominiosa servidumbre de los traidores?

Apartemos la vista de espectáculo tan repugnante, para fijarla de nuevo en el ilustre ejército mexicano, que con sus proezas está impidiendo la realización de esa tragedia sainete.

No ganó menos gloria Massena con el sitio de Génova, que con la batalla de Zurich. El sitio de Zaragoza es más famoso en España, que la batalla de Bailén. También en México están asociadas ya esas glorias hermanas, que se llamarán en la historia la batalla del 5 de Mayo y el sitio de Puebla, de la moderna Zaragoza, dos veces digna de tal nombre.

El enlace de ambas epopeyas no puede ser más estrecho, no sólo por figurar en la segunda casi todos los paladines de la primera; no sólo por haber servido de núcleo al actual Ejército de Oriente la fuerza vencedora de Lorencez, sino también por ser todos los actos subsecuentes de la defensa nacional, emanación directa del que contuvo el primitivo ímpetu del invasor. Al 5 de Mayo han de reconocer por origen las glorias todas de la presente contienda, como reconocieron por origen todas las de la independencia al 16 de Septiembre.

Cincuenta días llevan los franceses de haberse presentado a la vista de la ciudad heroica, después de haber aglomerado formidables elementos de guerra para tomarla. Contaban hacerlo en poco tiempo, no figurándose posible una resistencia tan obstinada como la que han encontrado. Sin que neguemos a Forey suma habilidad en sus operaciones; sin que neguemos tampoco a sus soldados el insigne arrojo que los había acreditado de los primeros del mundo, reservamos a nuestros valientes el premio de la contienda, tanto más merecido cuanto más experto y terrible ha sido el ataque.

Ocho asaltos se han resistido ya, tras de endebles murallas, entre ruinas y escombros, en edificios desplomados, sobre minas humeantes, bajo fuegos cruzados, a la bayoneta, a pecho descubierto. Cada escena de este drama sublime, ha tenido su protagonista. Los nombres del sitio atacado y de su defensor, vivirán unidos en indisoluble consorcio. San Javier y Smith, San Marcos y Díaz, San Agustín y Balcázar, Miradores y Llave, otra vez San Agustín y Sánchez Román, Pitiminí y Padrés, Santa Inés y Auza. ¡Qué gloriosa serie de recuerdos históricos! Y no son los únicos por cierto: a ellos se asocian otros mil, en que figuran dignamente Negrete, Berriozábal, Ghilardi, Alatorre, Escobedo, y en suma, todo el Ejército de Oriente. Sería

necesario mencionar hasta al último soldado, para que la lista no quedara incompleta. Cerrémosla con el debido elogio a Paz, el hábil comandante de artillería; a Mendoza, el inteligente cuartel-maestre; a Ortega, el digno general en jefe de un ejército de héroes.

Cuarenta y cinco días hace que comenzó la lucha horrible a que estamos asistiendo. Millares de hombres han derramado ya su sangre por el loco capricho de un déspota altanero, en cuya conciencia cauterizada no hace mella la tremenda responsabilidad que contrae con tanta víctima sacrificada, con tanta familia condenada al duelo y la mendicidad. ¿Y cuál es, cuál será el resultado definitivo, el único posible, de los planes maquiavélicos, concebidos en mala hora para la Francia? La posesión de un montón de escombros, sobre los que se levantará para mengua de Napoleón, el edificio indestructible de nuestra grandeza; la execración de un pueblo entero, injusta y piráticamente invadido, sin más culpa que la de haber tratado siempre con franca hospitalidad, con simpática estimación, con predilección singular, a sus gratuitos agresores.

La lucha, entretanto, sigue cada vez más encarnizada, dejando apenas entrever en lontananza la consoladora oliva de la paz. Hase afirmado como indudable, que para este día prepara el invasor el más formidable de sus asaltos, deseoso de vengar la humillación de sus águilas. ¡Empresa temeraria! Los hechos consumados son indelebles; los triunfos nuevos consuelan, pero no destruyen la memoria de las derrotas pasadas; la gloria obtenida es eterna. De nada, pues, serviría a los franceses, profundamente lastimados en su orgullo militar, alcanzar hoy una victoria, si con ella presumen arrebatar nos lo que nada, lo que nadie nos puede ya quitar: la gloriosa satisfacción de haber vencido de igual a igual a los más afamados militares. Pero dado caso de que en este feliz aniversario haga el enemigo un formidable empuje, no debemos desconfiar de que este día sea dos veces dichoso, de que recuerde a la posteridad el doble triunfo obtenido con un año de intermedio por los ilustres defensores de la nacionalidad mexicana. Así es de esperarse de su bien probado arrojo: así del entusiasmo santo que debe animarlos en uno de los días más grandes de la patria.

¡Qué espectáculo tan diferente el que presenta hoy el pueblo mexicano, respecto del que presentaba hace apenas año y medio! Creíasele entonces fácil presa de osados filibusteros; suponíasele incapaz de oponer resistencia a un puñado de genízaros. Desvanecida aquella primera ilusión, se consideró todavía empresa sencilla la de subyugarnos, con sólo aumentar hasta cuarenta mil hombres el cuerpo expedicionario. Conocidos son de todos los mandamientos de Napoleón a Forey, encerrados en dos, como un plagio del Decálogo: obrar pronto y bien. ¿Y qué ha sucedido? Que una derrota me-

morale, la misma cabalmente que venimos a solemnizar en este sitio, sirvió de dura lección al insensato príncipe, que pretendía sojuzgarnos con unos cuantos de sus legionarios, añadiendo al insulto el desprecio; que el ejército formal mandado después, a consecuencia de un humillante desengaño, pasó en inacción meses enteros, mientras aglomeraba toda clase de elementos de guerra para avanzar sobre un enemigo que había aprendido a respetar; que debe serle ya bien conocida, más que a nosotros mismos, su absoluta impotencia para llevar a próspero remate la ardua misión que se le confió; que su general en jefe, cuyas relevantes dotes militares son tan apreciadas, tuerce el sentido de las fatídicas palabras imperiales, obrando tarde y mal. Hace año y medio éramos tan despreciados, como estimados seremos en adelante.

La razón natural de tan satisfactoria transformación, se encuentra en la fiel observancia de los deberes sociales, de extraordinaria magnitud, que reclamaba la situación. No hay ejemplo en el mundo de que un pueblo no se haya elevado a grande altura, cuando ha sabido repeler una invasión extranjera a costa de ingentes esfuerzos. Cabe a México la ventura de no haberse faltado a sí mismo, en esa hora suprema de las nacionalidades. México comprendió su deber, y quiso y supo cumplirlo. El gobierno general resolvió repeler la fuerza con la fuerza, en una guerra que se rompía sin *ultimátum*, sin previa declaración, y ha sabido improvisar ejércitos, crear recursos, proporcionarse armas, para sostener con elevación la honra nacional. Los Estados, sobreponiéndose a todo impulso del espíritu de localidad, han subordinado su soberanía particular a la autoridad suprema que representa a toda la nación, y que fue investida por el Congreso de omnímodas facultades. Los particulares están coadyuvando con sus bienes y con su sangre a que sea resistida la invasión. El bello sexo se afana sin descanso en dar brillantes ejemplos de patriotismo y de caridad. Los ciudadanos, que con las armas en la mano defienden el profanado suelo patrio, despliegan una heroicidad nunca suficientemente encomiada. ¡Cuán hermosa es la contraposición entre este cuadro, lleno de vida y de colorido, y el sombrío, el desfigurado, el horrible, en que se pintaba a nuestra sociedad muerta para el progreso, insensible al deshonor! Feliz guerra podemos llamar a la que nos hace la Francia, como llama la Iglesia *faelix culpa* a la caída que provocó la redención.

Nuestra satisfacción aumenta por ser este resultado obra exclusiva de nuestros propios esfuerzos. Lo mismo que conquistaron solos nuestros padres su emancipación de la metrópoli, solos estamos defendiendo nosotros la independencia que nos legaron. El poder colosal de nuestro formidable enemigo nos ha dejado en un completo abandono, que hace todavía más

meritoria la fructuosa defensa de nuestros conculcados derechos. En naciones de que debíamos esperar protección, apoyo, neutralidad cuando menos, hemos encontrado únicamente encubierta hostilidad. Estériles votos de simpatía son el mayor auxilio que se nos ha prestado en esta desigual contienda de la que contamos salir bien librados a pesar de nuestro aislamiento.

Levantados por nuestra decisión a la altura en que nos hallamos, de nosotros depende no tener un humillante descenso. Marcado está ya, mexicanos, como en un mapa correcto, el itinerario que debéis seguir para hacer grande y feliz a esta nación, escarnecida por tanto tiempo. Dignidad en el gobierno, patriotismo en el pueblo, valor en el ejército; he aquí lo que se necesita. Continúad practicando estas hermosas virtudes, para que sea imposible la vuelta de la lóbrega noche de que hemos salido, de la tiniebla del fanatismo, del retroceso, de los privilegios, de las preocupaciones, de la dependencia del extranjero; para que en el cielo del 5 de Mayo aparezca siempre, radiante y vivificador, el sol de la libertad y de la reforma, el sol de la independencia nacional.

México. Imprenta de Vicente García Torres. 1863

## VII

CARTA DIRIGIDA POR EL SEÑOR MILANS DEL BOSCH A LA REDACCION DE LA "GACETA DE PORTUGAL", EN RESPUESTA A OTRA DEL SEÑOR DON MANUEL DE CASTILLO [EX MINISTRO DE MAXIMILIANO], PUBLICADA EN EL MISMO DIARIO <sup>7</sup>

(12 DE AGOSTO DE 1867)

“Señor Director de la *Gaceta de Portugal*: Muy señor mío y de mi estimación y respeto. En el periódico que está encomendado a la dirección de usted he leído una carta que don Manuel de Castillo, ex ministro de Maximiliano, dirige a don Benito Juárez, Presidente de la República Mejicana; y como su objeto no es otro que continuar con el funesto sistema de abusar de la credulidad de las buenas gentes de Europa, a fin de que, falseada la opinión pública, haya por parte de los gobiernos enemigos de las instituciones republicanas que allí rigen, un apoyo para poder intervenir so pretexto de orden, humanidad, civilización, etc., etc.

<sup>7</sup> Como decimos en la nota núm. 25, la Carta de Milans, se encuentra en la *Historia de Carlos Rubio, op. cit.*, T. I, pp. 429-31.

Yo, que conozco a fondo estos manejos de política claustral; que conozco a Méjico por haber tenido parte muy visible en la última intervención europea en aquel país; que conozco el personal de sus hombres, incluso al señor Castillo, en mi calidad de liberal y de amigo de los héroes mejicanos, a cuya cabeza se halla el virtuoso Benito Juárez, ese nuevo Cincinato de Occidente a *quien la envidia no se atreve a morder*, como decía Byron de Wáshington, con cuyas distinciones me honro, voy a decir cuatro palabras no más para tranquilizar a las gentes imparciales.

Es muy probable que alguien, más autorizado que yo, conteste al coro de lamentaciones que ha producido la muerte del archiduque de Austria; pero en tanto, no creo fuera de propósito extrañar que esas voces que se levantan ahora en nombre de la humanidad porque ha corrido la sangre de un príncipe, hayan permanecido mudas cuando, por disposición de este mismo príncipe, dígalo el señor Castillo, se fusilaban y ahorcaban hombres de todas edades, y se incendiaban haciendas y pueblos, y se violaban mujeres y mataban niños, ancianos y mujeres embarazadas, sin contar los miles y miles de hombres de ambas partes que morían en los campos de batalla, con el solo propósito de que se llamara emperador un extranjero sin más título que un despacho francés, ni más apoyo que 40,000 bayonetas francesas, el clero fanático y los traidores de profesión, por quienes y rodeado de quienes ha muerto, víctima de su credulidad, de su ambición y de sus errores.

El que como yo, señor Director, ha sido el primero en pronosticar de una manera oficial el inevitable resultado de las pretensiones francesas en Méjico, y al saber la prisión del archiduque escribió al gobierno del Presidente de la República pidiendo gracia por aquél, si era posible que pudiera hacerse gracia, tiene el derecho a levantar su voz, siquiera sea para reivindicar un pueblo tan calumniado como heroico, como lo es el pueblo mejicano, con cuya historia va envuelta, bien que indirectamente, la mía en estos últimos años, y me lamento de ver a un hombre nacido en México buscar argumentos en las regiones del sentimiento, descartando las de la razón, de la conveniencia, del derecho y de la imprescindible necesidad en que Méjico liberal ha estado de obrar como lo ha hecho, para calumniar la victoria que después de una lucha titánica ha coronado los esfuerzos y cruentos sacrificios de aquellos héroes.

No, señor Director: la muerte del desgraciado Maximiliano no es un crimen horrible, como le place decir al señor Castillo, ex ministro del de Austria; es, y nada más, la consecuencia fatal e inevitable de su tentativa. Mientras Maximiliano se creía vencedor, fusilaba sin piedad a todo el que se le oponía.

Vencido, ha sufrido las consecuencias de la sangrienta política que él en mala hora inauguró. No, señor Director: ese acto no manchará la historia de la noble lucha mejicana, que ha dado por resultado el triunfo en los campos de batalla sobre la potente águila napoleónica.

Lo que sí mancha a México, señor Director, lo que deshonora las naciones que luchan por su independencia, son los emigrados de Coblentz, los afrancesados de España, los austro-francos de Méjico, esos hombres funestos, mengua de las tierras en que nacieron, que van a mendigar del extranjero bayonetas y tiranos para oprimir sus madres patrias, nobles matronas, que justamente irritadas, lanzan al rostro de sus enemigos en su majestuosa indignación y en un día de patriótica calentura, la cabeza de Luis XVI la una, responden con Zaragoza y Bailén la otra, aquélla incendia su capital, ésta levanta sus inmortales líneas de Torres Vedras, y Méjico envía sin ira ni rencor, y de una manera digna y severa, el cadáver palpitante del supuesto emperador que la Europa monárquica ha querido imponerle; necesidad tremenda, pero al fin necesidad que dará por resultado definitivo acabar una vez por todas con ese criminal afán de Europa en inmiscuirse en los negocios interiores del Nuevo Mundo, que obligado a defenderse contra ataques que hasta hoy han sido sistemáticos, tuvo que apelar ayer a la doctrina de Monroe y tiene que apelar hoy a ejecutar a Maximiliano. Una barrera y una tumba contra la feroz política de las monarquías caducas, corrompidas y opresoras del Viejo Mundo. Agosto 12 de 1867. *Lorenzo Milans del Bosch*".

[FIN DE LOS TEXTOS]